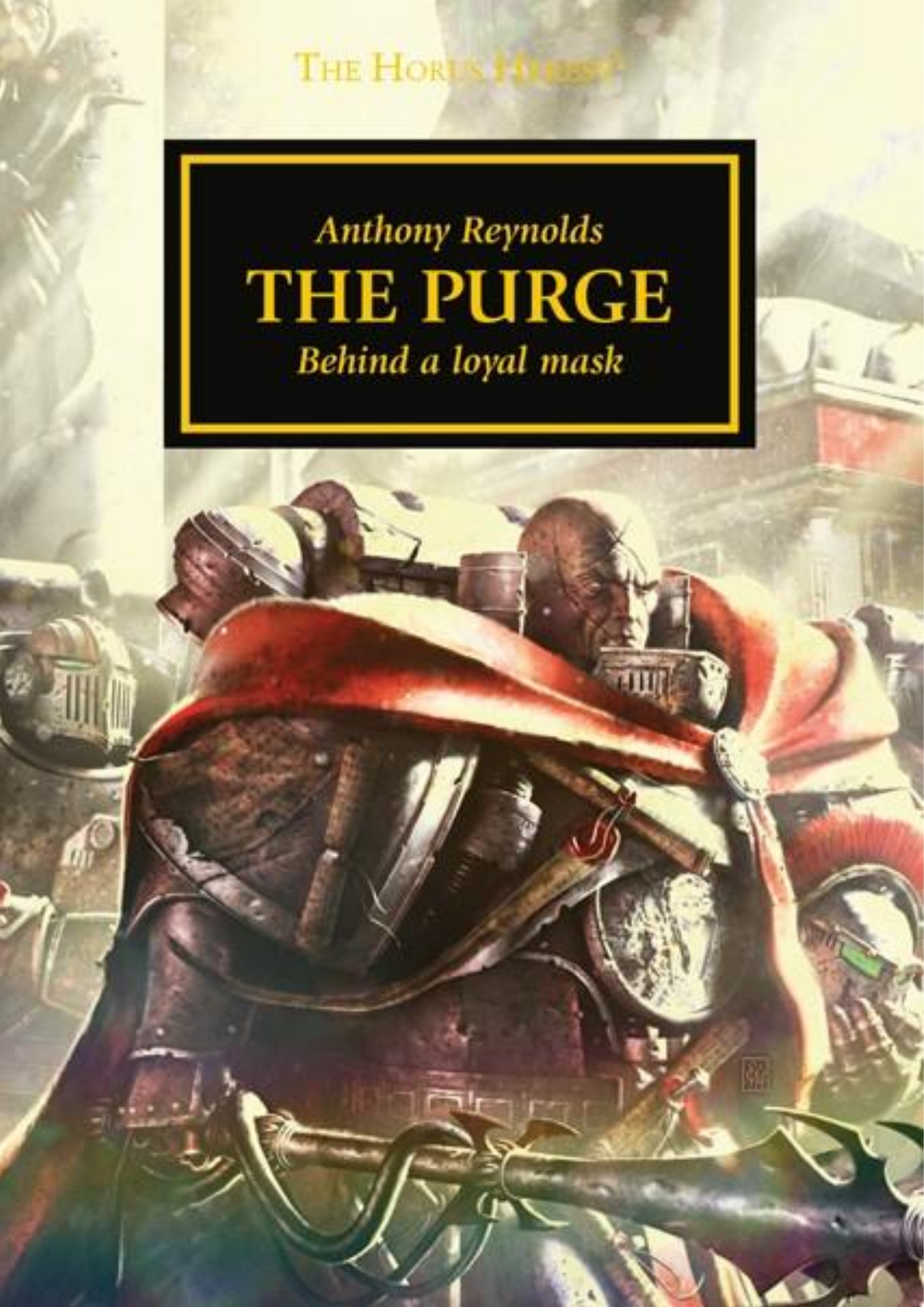


THE HORUS HERESY
Anthony Reynolds
THE PURGE
Behind a loyal mask



LA HEREJÍA DE HORUS

LA PURGA

ANTONY REYNOLDS



Nacex



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarca

ROGAL DORN	Primarca de los Puños Imperiales

La Legión de los Portadores de la Palabra

SOR TALGRON	Capitán de la 34ª compañía de los Portadores de la Palabra y representante en Terra
JARULEK	Apóstol Oscuro
AHRANETH	Abanderado de la 34ª compañía de los Portadores de la Palabra
DAL AHK	Maestro de Señales de la 34ª compañía de los Portadores de la Palabra
LOTH	Sargento de reconocimiento de la 34ª compañía de los Portadores de la Palabra
TELAKHAS	Sargento de Asalto de la 34ª compañía de los Portadores de la Palabra
URHLAN	Apotecario de la 34ª compañía de los Portadores de la Palabra
VOLKHAR WRETH	Capellán de los Portadores de la Palabra de la Hueste Cruzada

La Legión de los Ultramarines

AECUS DECIMUS	Maestro del Capítulo del 17ª capítulo de los Ultramarines
CONNOR	Sargento de la 170ª compañía de los Ultramarines
NAXOR	Tecnomarine de la 170ª compañía de los Ultramarines
TILLUS VICTORIUS	Hermano Campeón de la 171ª compañía de los Ultramarines
VAUL AGREGHUS	Hermano Veterano de la 171ª compañía de los Ultramarines
ROMUS	Hermano Veterano de la 170ª compañía de los Ultramarines marcado

PAULUS	Cazador Alado de la 172ª compañía de los Ultramarines marcado
XION OCTAVION	Hermano de la 174ª compañía de los Ultramarines marcado
SIO	Hermano de la 175ª compañía de los Ultramarines marcado
KOROLOS	Contemplor, anterior capitán, 178ª compañía de los Ultramarines marcado

Personajes Imperiales

FREIA SOLONTINE	Almirante de la *Furia Justa*, nave de los Ultramarines

Los Defensores de Terra

ARCHAMUS	Comandante de la *Guardia de Dorn* de los Puños Imperiales
TIBER ACANTHUS	Guardia Custodio
NATHANIEL GARRO	Primer caballero errante, antiguo Guardia de la Muerte

"La violencia, en verdad, recae en los violentos, y el intrigante cae en la fosa que cava para otro."

- Atribuido al profeta pre-Unificación Dhoyalle

PRÓLOGO

456008. M3l - Sistema Percepton, Ultramar

El legionario se retorcía en la losa del Apothecarion. Sin piel, cruda y sangrante, que se parecía más a uno de los Moradores del Más Allá que de algo nacido de humano.

Su carne se había fundido como la cera, dándole una apariencia brillante y líquida. Sus rasgos se habían derretido y desdibujando, haciéndole parecer que llevaba una máscara de culto grotesca. Sus cuencas oculares eran agujeros rojos torturados, con senderos quemados de lágrimas todo lo que quedaba de sus globos oculares licuados, y lo que quedaba de su boca se abrió y cerró en agonía. Cuerdas de carne derretida unían sus labios; o al menos donde estuvieron sus labios.

Servo-cortadores, taladros con punta de diamante y sierras monofilamento cortaron las secciones humeantes de su servoarmadura. Cada pieza cayó con estrépito, salpicando de sangre y aceite el suelo blanco prístino. La carne del legionario se había fusionado con su servoarmadura, y condenó y maulló mientras fue desollado; pelado como el exoesqueleto a un escarabajo, exponiendo aún más mutilación humeante debajo. Vapores ardientes emanaron de la ruina sangrienta expuesta, apestando a fuego ácido químico y carne cocida.

No estaba solo; cada losa en el Apothecarion estaba ocupada y decenas de legionarios fueron depositados donde el espacio lo permitía. Los gemidos y rugidos de los moribundos y heridos se mezclaban con el ruido de fondo de las órdenes frenéticas, sierras cortando hueso, sistemas de soporte de vida, hipo-inyectores y aplicadores de piel sintética.

Agujas, cables de alimentación y estimulantes se estrellaron en sus venas y columna vertebral y un tubo de respiración se introdujo por la garganta. Él empezó a sufrir convulsiones, su presión arterial se redujo notablemente y las alarmas comenzaron a gemir.

Con un estallido de fuerza febril, rasgó las ataduras que lo sujetaban. Cuando los asistentes medicae corrieron hacia adelante, él extrajo el tubo de respiración de su garganta y se agarró al apotecario más cercano con una mano de garras de cera, tirando de él. Los músculos maltratados de su cuello se hincharon como cables mojados mientras se esforzaba en avanzar.

Gorjeó algo indescifrable, salpicando sangre a la placa frontal del apotecario.

Los asistentes lucharon por sujetarle. Vivo aun con todas esas heridas, eran como niños contra su fuerza aumentada. Su agarre era como el hierro.

-Urhlan -gruñó, clavando sus cuencas vacías en el apotecario.

-No... me... entierre.

En respuesta, el apotecario Urhlan presionó su Narthecium montado en la muñeca en el cuello del paciente, inyectando más dosis de narcóticos potentes en su torrente sanguíneo. El agarre del legionario quedó paralizado, sus dedos retorciéndose.

El apotecario Urhlan dio un paso atrás y los asistentes medicae finalmente lograron soportar su carga con nuevas restricciones. La sangre recubría sus brazos y pecho; no toda de su paciente. Su servoarmadura estaba dañada por el ácido y funcionaba mal, saltando chispas de las articulaciones y los servos dañados, y se movía con una pronunciada cojera. Apenas había logrado salir del planeta, y ya había estado a bordo de su lanzadera de evacuación cuando todo salió mal.

-¿Vivirá?

Urhlan miró a la persona que le habló; el Apóstol Oscuro, Jarulek. Estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho. Había un puñado de otros funcionarios y legionarios agrupados alrededor de la losa. Todos ellos llevaban marcas de la batalla, y la mayoría lucía heridas de diversa gravedad.

-Me sorprende que esté aún vivo -dijo Urhlan, haciendo un vano intento de limpiarse la sangre de las lentes de su casco. -Me sorprendió que estuviera vivo cuando llegó aquí.

-Pero, ¿Puedes salvarlo?

Urhlan miró a su paciente, retorciéndose en la losa ante él.

-No -dijo.

-Entonces su destino está en manos de los dioses -dijo Jarulek.

Urhlan se volvió hacia el ahora comatoso, sufriendo espasmos en su masa de carne fundida químicamente en la losa ante él. Era difícil creer que este era su capitán.

-Vete -dijo por encima del hombro. -Déjame trabajar. Haré lo que pueda.

UNO

454008. M31 - Sistema Percepton, Ultramar

La guerra fue ganada en veintisiete minutos, aunque la batalla aún hizo estragos ciento sesenta y tres días más tarde.

Veinte y siete minutos. Ese había sido el tiempo que tomó a sus naves paralizar la flota de los Ultramarines sobre Percepton Primus. El enemigo todavía no había oído hablar de Calth, ni de Armatura, Talassar, o cualquiera de las innumerables zonas de guerra marcadas como parte de la Cruzada Sombría.

El cronómetro había hecho clic, y él había dado la orden.

Los Portadores de la Palabra golpearon. Más de la mitad de la flotilla enemiga se perdió en las salvas de apertura, el resto en las horas y días posteriores. Los restos ahora orbitaban el planeta capital, el corazón de este sistema.

Por lo tanto, la guerra por Percepton fue ganada en veintisiete minutos. En los meses que siguieron, todo lo que quedaba era para completar la matanza.

Ciento sesenta y cuatro días después del golpe inicial, el mundo de Percepton Primus terminó.

132006. M31 - Terra

Desde la órbita era posible ver las líneas costeras que una vez delinearon los continentes de la Vieja Terra. Las vastas extensiones de los océanos que cubrían el mundo habían desaparecido, vaporizados durante las largas e intestinas guerras nucleares que casi borraron a la humanidad en tiempos pasados, pero las formas originales aún podían ser vagamente discernibles, como fantasmas del pasado; aunque con mayor claridad en la oscuridad.

Eran las luces los que las revelaban. Mientras que el planeta entero brillaba como un faro en el vacío, iluminado por el resplandor de las colmenas, las megaciudades y autopistas, esas luces eran brillantes en los viejos continentes y las extensiones de tierra más oscura donde los mares estuvieron una vez; o a lo largo de la costas rectas, poco naturales de los océanos artificiales más nuevas.

Auroras verdes etérea brillaban en el horizonte sur, mientras que grandes tormentas químicas envolvían las tierras heridas por la radiación al norte, parpadeando con una luz estroboscópica casi constante de rayos. Sin embargo, no fue en esas direcciones a las que la lanzadera se dirigía. Cuando las alas chapadas en oro se desplegaron y el resplandor de reingreso desapareció de sus escudos térmicos, se ladeó su descenso hacia el techo del mundo.

Dentro de la cabina cerrada, Sor Talgron estaba sentado solo, mirando por la ventana. Una inmensa mano gris enguantada cubrió la iluminación interior del transbordador.

-¿Refresco, capitán?

Sor Talgron apartó la vista del puerto. El interior de la lanzadera tenía todas las superficies suavemente curvadas, iluminación sutil y tonos neutros. Su asiento de cuero sintético era lo suficientemente grande para dar cabida a su tamaño considerable con una comodidad notable. Los once asientos de pasajeros restantes estaban vacíos, aunque había otros a bordo. A pesar de que no podía verlos

actualmente, podía saborear su aroma mejorado genéticamente en el aire reciclado, a la vez familiar y sin embargo extraño, así como detectó el débil zumbido de su armadura.

La encargada que le habló era anormalmente alta y esbelta, y sus grandes ojos ovalados eran orbes lechosas, privados de pupilas. La manipulación genética le había dado esta forma, si bien con qué propósito era algo indescifrable para él. Tal vez los humanos encontraban su apariencia agradable a la vista. Tal vez alteraron sus genes simplemente porque podían hacerlo.

-¿Néctar dulce? ¿Amasec? –dijo ella, señalando lánguidamente al carro refrigerado que se cernía ante ella. -¿Algo más?

Él negó con la cabeza y se volvió hacia la ventana. Él vio su propio reflejo allí, con el ceño fruncido mirándole. Mientras que no estaba seguro de lo que un humano podría encontrar atractivo en los rasgos suaves y pálidos de la operadora de transporte, él sabía lo que encontrarían poco atractivo de si.

Su rostro era cuadrado y duro. Británico. No era la cara de un erudito o un hombre de estado. Toda una vida de batallas habían aplastado sus rasgos y una cicatriz desagradable le cruzaba la cara y el cuero cabelludo. Su propio papel en el universo no podía estar equivocado. Él era un guerrero, un soldado, un asesino. Era para lo que había sido hecho, un papel por el que él había sido alterado genéticamente y que era lo que se le daba bien. Era su propósito.

La junturas en las articulaciones de su servoarmadura gimieron mientras se inclinó cerca del cristal, una vez más, tapando el deslumbramiento y su propio reflejo sombrío. Sus ojos recorrieron el mundo de abajo mientras el descenso del transbordador se nivelaba. Vio los propulsores ardiendo de interceptores de escolta dorados volando más allá de la punta del ala, guiándoles.

Sor Talgron miró sin pestañear, absorbiendo todo lo que vio. Todavía tenía un poco de tiempo antes de que llegaran a su destino, volando sobre la estructura artificial hecha por el hombre más grande que el universo había visto nunca. Aun así, en las mismas afueras de esa inmensa mega-estructura del tamaño de un continente, fue evidente para Sor Talgron que estaba siendo alterada fundamentalmente.

Cuando alcanzaron Terra la estructura por debajo había sido un palacio. Encontró bien la manera de estar siendo transformado en una fortaleza.

Sor Talgron caminó a través de fuego, flanqueado por Ahraneth, su abanderado, y Dal Ahk, maestro de señales. Los tres llevaban servoarmaduras carmesí oscuro, del color de la sangre acumulada. La gruesa servoarmadura había recibido los nuevos colores de la Legión en camino a Ultramar, pero no se sentía bien con él. Parecía una traición al pasado de la Legión.

Alrededor de ellos, siglos de aprendizaje y sabiduría estaban siendo destruidas, llenando el aire con ceniza quemada y las páginas agitándose por la quema de libros. Miles de textos y códices se perdían para siempre mientras los bancos de datos Librarium fueron pasados por antorchas, sus circuitos y núcleos de memoria basados en silicio fusionados y crepitando en las llamas.

Sor Talgron no lloró esta pérdida.

La gran cámara se llenó de polvo. Claramente fue abandonada después de que el edicto Nikaea entrase en vigor. Era muy probable que ninguno hubiera caminado sus salas desde entonces.

Hasta hoy, cuando se convirtió en un campo de batalla.

Llamas lamieron sus hombreras mientras caminaba a través del campo tras la batalla, con vidrio coloreado crujiendo bajo sus pies. Los inmensos ventanales glassaic que observaban desde lo alto el atrio cavernoso del Librarius fueron una de las primeras víctimas en la batalla por la ciudad de Massilea.

Los cuerpos convertidos en metal desgarrado por fuego bólter salpicaban el suelo y las paredes. Cuatro Portadores de la Palabra habían muerto, caídos por disparos letales. Varios otros fueron heridos, siendo asistidos por los apotecarios de la Legión. Aquellos que sufrían lesiones mortales se les dio liberación, con sus oraciones muriendo en sus labios. La semilla genética de los muertos se extrajo entre el zumbido de los reductores, escupiendo huesos y sangre.

Cierto número de Ultramarines heridos aún no estaban muertos, pero no quedaban apotecarios de la XIII Legión para acudir en su ayuda, ni ningún hermano de batalla vivo para arrastrarlos a un lugar seguro. En otro batallón, tal vez, su vida habría terminado en tormento después de innumerables horas de agonía y degradación ritual; pero Sor Talgron no se detendría en chucherías y fueron ejecutados sin ceremonia.

Ellos eran el enemigo, y él haría todo lo posible para verlos derrotados total y completamente. Pero no podía odiarlos, y no iba a verlos torturados innecesariamente.

No había mucho que admirar de la XIII Legión. Su cohesión y disciplina en batalla eran envidiables, su ejecución incomparable. Eran sin duda la fuerza de combate más eficaz a la que Sor Talgron jamás se había enfrentado, y él los respetaba mucho.

-Es el deseo de Erebus que todo enemigo capturado vivo sea sacrificado para alimentar la Tormenta de Perdición –declaró Jarulek desde el principio de la guerra en el sistema. –Debe hacerse en todos los Quinientos Mundos.

-Al diablo Erebus -fue la respuesta de Sor Talgron. -La serpiente no me manda. Tengo órdenes de matar a este mundo. Lo haré a mi manera.

Caminó Desde el atrio, pasado altísimos pilares de mármol blanco se asomaron y cráteres por el fuego de bólter. Más allá había una amplia terraza semi-circular, rodeada por piedra natural y follaje mantienen en perfecto estado ya batido a la ruina. Una cascada cayó en una piscina en la roca, donde los cuerpos flotaban boca abajo. Escaleras de mármol de barrido descendieron hasta los niveles más bajos de la explanada.

Sor Talgron pasó por delante de una estatua blanca imponente que representaba una figura con túnica en una pose pensativa sentada.

Un ultramarine yacía en el suelo. Había fue cortado por la mitad por armas de fuego; el torso y las piernas estaban cerca. La sangre se acumuló debajo de él, y sus entrañas se derramaron por la terraza, pero estaba vivo. Los legionarios no morían fácilmente.

Ahraneth le apuntó con su pistola bólter.

-No -dijo Sor Talgron, y su abanderado bajó su arma.

El ultramarine tenía el rango de centurión; un sub-capitán, según lo indicado por las insignias en sus hombreras. Apretaba sus entrañas con una mano, tratando en vano de mantenerlas en su sitio, mientras que con la otra se arrastraba por el suelo. Una pistola volkite yacía cerca. Buscó a tientas por ella. Incluso en la muerte, buscó un arma para usar contra sus enemigos.

La bota de Sor Talgron crujió bajo su muñeca, y él se agachó para recoger él mismo la Serpenta. Le dio la vuelta en sus manos.

-Esta es una buena arma -dijo.

El ultramarine lo miró. Su casco estaba en su lugar. Una variante Mark IV, algún modelo original de Ultramar. Su una vez prístina superficie de color azul cobalto y con marco de oro estaba salpicado con sangre, rica y brillante. Una corona de oro había sido pintada alrededor de la sien, algún honor de batalla que Sor Talgron no reconoció.

-¿Por qué? -preguntó el legionario. Su voz crepitaba y sangraba con estática.

Sor Talgron colocó el cañón de la pistola volkite en la lentes del ultramarine, apuntando de lleno en su ojo izquierdo. -¿Por qué?

-¿Por qué hacéis esto?

Sor Talgron apretó el gatillo. La parte posterior del casco del ultramarine explotó y el piso debajo iluminado en llamas.

-Porque me lo han ordenado -dijo.

DOS

El maestro del capítulo Aecus Decimus del 17º Capítulo de la legión de los Ultramarines plantó una pesada bota sobre el pecho del traidor y liberó su espada. La espada corta se deslizó de la rejilla vox del enemigo caído con un roce húmedo, y el legionario de rojo se derrumbó, uniéndose a la manta de sus congéneres sobre la tierra batida de sangre.

El humo denso nubló su visión, los productos químicos y micro-partículas dentro de él cegando sus ojos y haciendo arder su garganta. La visibilidad se había reducido a una cuestión de metros. Los auspexs fueron inutilizados por la niebla envolvente. No tenía ni idea de donde estaban las líneas de batalla, pero poco importaba. El enfrentamiento había perdido completamente su forma. El tiempo para la estrategia había pasado.

Otro enemigo estaba sobre él. Bateó un lado la espada-sierra gritando del legionario y presionó el cañón de su pistola bólter en el pecho del Portador de la Palabra. La fuerza de la detonación arrojó el traidor hacia atrás y terminó en el suelo a cuatro metros de distancia con un cráter profundo en su gorguera rota. El segundo disparo de Décimo lo remató, impactándole entre el casco y el peto. La detonación casi desgarró la cabeza de su cuerpo.

El cierre del cuello era uno de los pocos lugares en las nuevas versiones de servoarmadura donde un proyectil sólido podría lograr una muerte limpia a distancia. Él nunca había visto los efectos de armamento bólter sobre servoarmaduras legionarias antes de esta campaña; hasta donde él sabía, nadie dentro de la XIII Legión había siquiera considerado tal eventualidad. La sola idea habría sido abominable. Ahora que el enfrentamiento legionario-legionario era una práctica, se vieron obligados a revisar sus tácticas.

Futuros modelos de servoarmadura probablemente serían diseñados para cubrir esas deficiencias, como el tecnomarine Naxor había predicho. Altas golas, como las de los Cataphractii, probablemente se integrarán en modelos estándar, dijo, sólo momentos antes de ser desmembrado por un legionario de los Portadores de la Palabra envuelto en carne humana. Que estos salvajes traidores se hubieran llamado sus parientes le daba ganas de vomitar.

La batalla se había convertido en una escaramuza cuerpo a cuerpo salvaje. A su alrededor, los legionarios en el carmesí de los renacidos Portadores de la Palabra y el noble azul cobalto de los Ultramarines estaban muriendo. La magnitud de la masacre era mortificante. No habría ninguna retirada, no de esta batalla. Ellos lucharían y morirían hasta el último hombre. Lo único que importaba ahora era mantener al enemigo aquí el tiempo suficiente. Lo que había comenzado como batallas de tanques a distancia larga y ataques relámpago se había reducido a golpearse entre el barro y atacar al enemigo con espadas romas y espadas-sierras sin dientes. Él vio a uno de sus veteranos, Vaul Agregius, el Víctor de Staxus, eliminar

a un Portador de la Palabra pronunciando maldiciones viles, silenciando al traidor herido con una ejecución sumaria. Otro veterano dio un puñetazo a un legionario de la XVII en el cráter humeante de un Land Raider profanado, despulpado bajo su puño de combate envuelto en energía.

Un ultramarine cercano fue arrastrado al lodo, su atacante apuñalando repetidamente un cuchillo de hoja dentada en la garganta hasta que se quedó inmóvil. Ese Portador de la Palabra fue destrozado por un intenso fuego de bólter, pero siempre había más, marchando desde la niebla y entonando sus cánticos lastimeros.

El mal había arraigado en la psique de la XVII Legión. Era la única explicación que tenía Décimo de por qué lo hacían.

El silencioso campeón de compañía Tillus Victorio luchó como lo hizo en las jaulas de duelo, favoreciendo un pequeño escudo de combate y gladius frente a su espada de energía. Era toda una lección verle. Dio un golpe en su escudo y se volvió, poniendo de rodillas a un Portador de la Palabra antes de rematarle con un golpe decapitador a dos espadas.

El campeón nunca había sido derrotado en duelo, pero cuando se volvió a encontrar un nuevo enemigo un proyectil perdido de entre el humo impactó en sus ojos. Atravesó su lente izquierda y detonó en su cráneo. Cayó sin un sonido, sus espadas cayendo en el barro de entre los dedos sin vida. El guerrero había sido casi obsesivo en su formación. Eso no le sirvió para nada al final. Era un fin innoble.

Décimo quedó mirando el cadáver de campeón, y el odio lo recorrió. Nunca había conocido tal profundidad de sentimiento. Nunca odiado a cualquiera de los xenos contra los que él luchó durante la Gran Cruzada, ni siquiera a los seres humanos recalcitrantes de esos mundos que desafiaban el dominio del Emperador. Sintió lástima por algunas de estas civilizaciones equivocadas, disgusto o apatía por las demás, pero nunca odiar.

Su servoarmadura fuertemente artesonada era apenas funcional. Funcionaba con la energía auxiliar y muy poca de su superficie todavía llevaba el orgulloso azul cobalto de su Legión, pues lo demás estaba quemado, abollado y repleto de cráteres. Su hombro izquierdo era una ruina destrozada, derramando chispas furiosas y sus servos internos chirriando incesantemente. Podía sentir los huesos molerse en la articulación. No llevaba casco; se lo arrancó después de que se llevase

la peor parte de un swing de una maza de energía a principios de la batalla, y el lado izquierdo de su rostro era una costra de sangre coagulada.

El señor del capítulo estaba cansado hasta los huesos. Había pasado más de una semana desde que tuvo algún descanso. Por un segundo no hubo enemigos yendo a por él, y él no quería nada más que caer de cuclillas y recostarse contra el Land Raider muerto de los Portadores de la Palabra... pero no. Incluso ahora, aun cuando el final se cerraba con la inevitabilidad de sus puestas de sol, tenía que ser visto, desafiante y belicoso hasta el final.

Comprobó su munición. Cuatro proyectiles. Encajó el cargador de nuevo en su pistola. Resistir haría que cada uno contase.

El suelo tembló con las explosiones, la rutina de pistas pesadas y lo que pareció como un terremoto, pero que él sabía eran las pisadas atronadoras de Titanes. Los oía llamarse con fragores ensordecedores de sus cuernos de guerra ahogando el martilleo de la artillería, el parloteo de los disparos, los gritos de los moribundos y el choque de las espadas. El rugido ensordecedor de sus armas sonaba intermitente, y cuando lo hicieron se sintió enfermo ante el pensamiento de los nobles hijos de Ultramar masacrados en grandes extensiones, como el trigo por un segador.

Con las comunicaciones caídas, incluso los canales cerrados por los ultramarines ahora infectados con susurros insidiosos, gritos e infernales sonidos disformes. Pero él sabía que sus capitanes estarán haciéndole sentir orgulloso, castigando a los Portadores de la Palabra en este, el último ataque de la XIII de la guerra.

Un grito desde la retaguardia le llamó la atención. Entrecerrando los ojos por el humo, vio figuras enemigas que salían de la niebla detrás de ellos. Habían sido flanqueados. Sus capitanes ladraban órdenes, pero poco podrían hacer mientras los Ultramarines fueron talados a medida que fueron atrapados en un fuego cruzado salvaje.

Un escuadrón de apoyo pesado disminuido se volvió para enfrentarse a esta nueva amenaza, balanceando sus cañones automáticos y plantando sus pies. A pesar de que carecían de dos de su unidad, desataron su furia contra el enemigo, arrasando a través de sus filas y dando tiempo para que otras escuadras se pusieran a cubierto. Los cañones de sus armas pronto brillaron al rojo vivo. Aún golpeaban al enemigo, obligándoles a enterrarse en el barro.

Una figura acorazada se estrelló en el humo desde lo alto con brillantes llamas brotando de sus retrorreactores con exceso de trabajo. El Portador de la Palabra aterrizó en cuclillas detrás de la escuadra de apoyo pesado, con una rodilla y una mano plantadas en el suelo para darle estabilidad. Más de ellos se estrellaron alrededor del primero, ventilando humo los rotores de sus retrorreactores. El primer artillero sintió al enemigo detrás de él e intentó dar media vuelta, pero fue demasiado lento. El Portador de la Palabra se alzaba, su espada-sierra gritando.

EL señor del capítulo Décimo Aecus ya estaba en marcha con su escuadrón de mando un paso atrás. Su disparo golpeó al primer legionario enemigo en el flanco de la cabeza. Se desvió en antes de detonar, haciéndole perder el equilibrio. Entonces Décimo cayó sobre él, tirándolo en el barro mientras se recuperaba. La espada-sierra del Portador de la Palabra salió volando.

Rodaron, resbalando y deslizándose por una pendiente embarrada. Décimo perdido su pistola, pero todavía tenía su espada de energía. Cuando se posaron en la parte inferior de la pendiente, en una zanja llena de cadáveres blindados, Décimo estaba sobre su enemigo. Trató de darle el golpe mortal, pero la mano de su enemigo se apretó alrededor de su avambrazo, manteniendo la espada en su funda. El Portador de la Palabra golpeó con su puño blindado en la mandíbula de Décimo, dislocando y fracturando el hueso.

Este quedó momentáneamente aturdido, y el Portador de la Palabra aprovechó esa ventaja. Se impuso sobre Décimo, inmovilizándole boca abajo en el barro y agarrando la parte posterior de su cabeza. El señor del capítulo trató de liberarse, perdiendo su agarre sobre su espada en el proceso, pero no pudo desalojar al traidor. Su rostro se estrelló contra el suelo, una y otra vez. El lodo y la sangre le llenaron los ojos.

-Ahora muere –gruñó el Portador de la Palabra. Su voz era tan retorcida que sonaba más como una bestia que cualquier cosa remotamente humana.

Luego, bajo el trueno de corta distancia de un cañón automático disparando, su cabeza desapareció en una niebla roja.

Décimo se limpió el barro y la sangre de los ojos mientras se levantaba, escarbando por la pendiente hasta su frenético escuadrón de mandos bajo fuego de cobertura a partir de los últimos legionarios portando armas pesadas.

Lanzó una mirada hacia el cielo. No podía ver nada, pero sabía que debían estar acercándose a tiempo. Su ayudante vio su mirada.

-¿Está seguro de esto, mi señor? -dijo.

-Lo estoy -dijo Décimo. -Que el Emperador me perdone.

Ellos le escoltaron fuera de la nave como un prisionero, dos delante, dos detrás. Fueron enclavados en las altas estribaciones de los picos más dominantes de Terra, aunque no podía verlos ahora; las abrazaderas articuladas de conexión unidas al casco del transbordador no tenían ventanas.

Estaba desarmado, según su orden. Lo expresaron como una petición, pero la orden subyacente era evidente. Permaneció mirando resueltamente hacia adelante mientras marchó desde el transbordador. Las paredes flexibles y articuladas dieron paso a un corredor blindado cuando entró en el palacio.

Su servoarmadura gris pizarra carecía de adornos. Sólo la cresta de color rojo oscuro de su cabeza, bajo el brazo, dio alguna indicación de su rango legionario nominal. Su servoarmadura era vieja y muy usada, sus placas gruesas y pesadas. Era la servoarmadura de un soldado, práctico y utilitario, y su superficie revelaba evidencia de reparaciones frecuentes. Él llevaba esas marcas como cicatrices de batalla. Cada arañazo y abolladura tenía una historia.

En contraste, los cuatro miembros de la Legio Custodes escoltándole al palacio llevaban servoarmaduras altamente adornadas de oro bruñido, repletas de rayos y águilas decorativas. Capas largas forradas de piel colgaban de sus hombros dorados y sus rasgos se ocultaban detrás de cascos cónicos largos. Sus servoarmaduras eran más finamente artesonadas que la humilde de Sor Talgron, pero no eran sus servoarmaduras de gala. Esta era la servoarmadura más avanzada que los tecnosacerdotes más hábiles de Marte habían sido capaces de idear; ligera, fuerte y casi impermeable a las armas de fuego convencionales, permitiendo una mayor libertad de movimiento que las legionarias.

Cada uno llevaba una lanza tutor, el arma fetiche de su orden. Alabardas doradas con armas de fuego incorporados, eran armas curiosas y exóticas. Habrían sido

difícil de manejar en manos inexpertas, pero incluso en reposo pudo ver que eran casi las extensiones de los cuerpos de los Custodios. Ellos las esgrimían con habilidad consumada, y mientras Sor Talgron sólo había visto utilizarse en entrenamientos, juzgó que la clave para luchar contra la Legio Custodes sería que un enemigo consiguiera entrar en su alcance efectivo.

No sentía lazos de parentesco particulares con la Legio Custodios. Eran tan diferentes de él como de los seres humanos no aumentados, pese a todas sus similitudes genéticas compartidas. Las divisiones entre las dos cadenas de transhumanidad eran severas, incluso si un forastero estuviera ciego a ellas; en su mayor parte no era una diferencia física, a pesar de que los custodios pudieran parecer uniformemente altos en estatura. Eran simplemente una raza aparte.

La verdadera fuerza de las Legiones Astartes era su unidad de propósito y los lazos de hermandad que compartían. Tal vez por eso ellos habían insistido en que Sor Talgron viajara a la superficie por sí solo, con el resto de su compañía en la nave anclada en órbita alta. Los Custodes podían ser los guerreros individuales por excelencia, pero su mentalidad era fundamentalmente diferente a los de las Legiones. Habían sido creados para una tarea diferente, adaptados perfectamente a ella, una que requiere un cierto nivel de individualismo y autosuficiencia que estaba en desacuerdo con la mentalidad arraigada genéticamente en los Marines Espaciales.

Sería una cosa interesante, enfrentar a la Legio Custodes contra las Legiones Astartes. Uno a uno, sospechaba que los Custodios blindados en oro tendrían la ventaja, pero cuanto más grande fuese la batalla, más sentía que sus compañeros legionarios la dominarían.

La Legio Custodes no eran soldados, pero Sor Talgron era un soldado hasta el núcleo.

Se detuvieron ante un tercer juego de puertas blindadas reforzadas, flanqueada por cañones centinela esclavizado. Escaneos, confirmaciones de identidad, secuenciación de genes clave. La seguridad era más alta de lo que había sido la última vez que Sor Talgron caminó por los pasillos del palacio, cuando su presencia fue sentida con mucha más bienvenida.

Los portales ocluidos se abrieron de golpe. Un oficial Custodes permanecía tras ellos, resplandecientes en su servoarmadura dorada. La mirada de Sor Talgron se

movió a izquierda y derecha. De haber estado usando su casco, glifos de amenazas habrían parpadeado ante sus ojos. El funcionario estaba acompañado por un pelotón de Marines Espaciales amarillos, bólters sobre el pecho.

Eso fue inesperado, pero ningún indicio de sorpresa cruzó su rostro.

La visera del oficial se deslizó hacia atrás en una serie de placas superpuestas sin problemas, revelando un rostro que Sor Talgron conocía. Era agresivo y fuerte; sin cicatrices, pero Sor Talgron sabían que eso significaba nada, menos aún en la Legio Custodes. Si hubiera sido de las Legiones, Sor Talgron sabría que el guerrero era novato o insondablemente bueno; los Custodes, sin embargo, no fueron construidos para una vida de guerra constante en las primeras líneas. Eso no significaba que carecieran del endurecimiento de la batalla. Lejos de ello. Sólo un tonto les subestimaría.

Una cresta de pelo corto se extendió por el centro de la cabeza rapada del oficial, una cresta que semejaba el casco de Sor Talgron. Tanto si denotaba rango o no era más que una elección estética, Sor Talgron no lo sabía. Su raza tenía una fuerte tendencia individualista criada en ellos, por lo que esto último era muy probable. Sin embargo, le resultó un tanto irónico que esta elección imitara la aparición del Capitán General, Constantin Valdor. Todo por el individualismo.

-Pido disculpas por la forma de su recepción -dijo el oficial. Su acento cortesano era todavía extraño en el oído de Sor Talgron, acostumbrado como estaba a voces colchisianas más guturales. -El universo ha cambiado desde la última vez estuviste en Terra.

Se llamaba Tíber Acanthus, y Sor Talgron había pasado tiempo en su compañía en sus anteriores visitas a Terra. El centinela nunca había ofrecido sus otros ciento treinta y siete nombres, ni tampoco Sor Talgron albergaba deseo de conocerlos.

Se saludaron como guerreros, muñeca con muñeca, apretando el brazo del otro. Era raro que el Portador de la Palabra mirase a alguien más alto, pero el Custodio era media cabeza más alto que Sor Talgron.

-¿Qué ha pasado? -dijo mientras se separaron. -Parece que Terra se está preparando para un asedio.

-Se acerca la guerra -dijo Acanthus.

Sor Talgron frunció el ceño. -La guerra es nada inusual -dijo. -Hemos estado luchando guerras desde el inicio de la Gran Cruzada. Para eso fuimos hechos.

-Esta guerra va a ser diferente.

-¿Por qué? Cualquiera que sea el nuevo enemigo que la Cruzada ha descubierto, seguramente no representa amenaza para Terra -dijo Sor Talgron.

-Tíber Acanthus no contestó, y la expresión de sor Talgron se oscureció.

-Dime -dijo, su voz sombría.

-No es mi deber -dijo Custodio. -Pero te llevaré a uno que si. Ven. Lord Dorn le está esperando.

Cinco guerreros observaron cómo sus hermanos lucharon y murieron en las llanuras de abajo. Desde su atalaya, la batalla se parecía a una de las mesas de simulación dentro del colegio, aunque aquí la muerte era muy real. Permanecieron en silencio, cada ultramarine perdido en su propia prisión de ira, remordimientos, desafío y pena.

No eran una unidad fuertemente cohesionada, estos cinco. No habían forjado lazos de acero en el crisol de la guerra. Ninguno de ellos había hablado antes de que se reunieran para esta última tarea, esta misión que podría exonerarles y limpiar sus historiales de sus fechorías pasadas.

Venían de diferentes compañías, diferentes escuadrones, diferentes orígenes. Uno era un Cazador Alado, y uno fue extraído de las filas de asalto. Dos habían sido extraídos de unidades tácticas, aunque uno de ellos ejerció una vez otros poderes antes de que ese camino se le cerrara, y ahora no era diferente de cualquier otro legionario. El último de ellos era un héroe del pasado caído en desgracia.

Sus habilidades y conocimientos eran tan dispares como sus hojas de servicio. Sólo su vergüenza los unificó.

Cada uno de ellos llevaba un casco pintado de rojo. Cada uno de ellos llevaba la marca de la censura.

Todos habían estado delante de su señor del capítulo cuando fueron informados de este deber. Ninguno de ellos quería, pero ninguno de ellos lo rechazó. Esta era una manera para ellos de limpiar sus nombres, les dijo este. Un honor.

Octavion no lo sentía como un honor. Para él, cayó como el más cruel de los castigos. Aun así, no se quejó, y no envidiaba al señor del capítulo Décimo Aecus por darle esta tarea. Tenía que caerle a alguien, y que bien podría ser a los que habían caído en desgracia ante los ojos de sus comandantes.

Podía sentir las emociones en conflicto de los que le rodeaban mientras observaban a las fuerzas enemigas rodeando los Ultramarines en las llanuras muy por debajo. Cada uno de ellos quería estar allí, haciendo su parte, luchando y muriendo con los hermanos con los que habían entrenado y luchado por tanto tiempo.

-No -dijo uno de ellos, el cazador alado Paulus. No tenía por qué haberse molestado. Todos ellos lo vieron. Tal vez tenía que hablar en voz alta, pensó Octavion. Tal vez, al hacerlo, se hace real, más práctico.

Al norte, una nube de polvo anunció la paorximación de otra división de los Portadores de la Palabra. Venían de la ciudad de Massilea, esa ciudad otrora orgullosa que era el corazón y el alma de este mundo.

Octavion había oído que cayó tan pronto amaneció. Por lo que sabía, todos sus hermanos de batalla estaban muertos. La 174ª Compañía de Octavion mantuvo la ciudad más de lo esperado, infligiendo una pesada tarifa sobre los traidores, pero ya no.

Consideraba Massilea una casa tanto como cualquier lugar de la galaxia. Había estado allí y había recibido la mayor parte de su formación, lo que parecía hace un siglo.

-Y allí -dijo Paulus, haciendo un gesto hacia el sur.

Formas oscuras se movían en el horizonte: Thunderhawks, Stormbirds y naves de ataque. Otra fuerza de batalla en movimiento. Querían acabar con esta guerra rápidamente, observó Octavion. Ellos no querían estar aquí más tiempo del necesario.

-Es la hora -dijo, expresando la verdad que él sabía estaba en todas sus mentes, cerniéndose sobre ellos como una guillotina.

-Los refuerzos de Ultramar podrían estar en camino -dijo el más joven de ellos, Sio, elevado recientemente desde las filas de exploradores. -¿No podríamos esperar un poco más?

Octavion no era consciente de qué infracción obligó a Sio a llevar el rojo. Ninguno de ellos se ofreció explicaciones de su propia censura y ninguno de ellos pidió la de los demás. No era algo que ninguno de ellos discutiera cómodamente.

-Que no haya refuerzos llegando nos dice que esto no es un incidente aislado. La guerra se ha apoderado de los Quinientos Mundos de Ultramar –dijo Romus, el veterano melancólico. -Tenemos nuestras órdenes -su voz estaba vacía. Hueca. Él ya se había resignado a morir, pensó Octavion.

-¿Y si esas órdenes son equivocadas? -preguntó Sio.

-No importa -gruñó Romus. -Nuestros nombres ya están empañados. Ni siquiera voy a considerar agravar mi deshonra al desobedecer la directiva final de nuestro señor del capítulo.

Hubo murmullos de acuerdo de los demás, pero Octavion podía sentir la angustia del más joven hermano de batalla. Venía de él en oleadas. Estaba allí, en todos ellos, por supuesto; ninguno de ellos quería esta ingrata y odiosa tarea. Los otros eran apenas mejores en reprimirla.

-Nadie está llegando -dijo Octavion, su voz poco más que un susurro.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -dijo Sio.

¿Qué podría decir para calmar la desesperación del joven guerrero? Nada. Además, tenía sus propias dudas que superar. Sus propios demonios.

-Nadie viene -disparó la quinta parte de su grupo, el masivo excampeón, Korolos. Eso terminó el asunto.

-Vamos -dijo Octavion, alejándose del campo de batalla, lejos de su capítulo moribundo y hacia el transporte en espera. Una veintena de veteranos del Ejército Imperial esperaba allí, en posición de firmes. ¿Se daban cuenta de que estaba tan condenados como el resto?

No era sólo que Sio había esperado, si no creído, que no estarían obligados a completar el deber que se les había encomendado.

Ahora todos ellos se enfrentaban al hecho de que tal esperanza se esfumó. No sería así.

Ahora, de hecho, se enfrentaban a la muerte de la esperanza en sí.

TRES

Sor Talgron encontró irónicamente divertido que el decreto del Emperador había castrado arma más poderosa del Imperio contra la disformidad en el momento que más la necesitaba. No tenía amor por los psíquicos, creyendo que bajo mejor interés de la humanidad erradicarlos a todos, pero él era un alma profundamente pragmática, y los bibliotecarios eran un arma que la XVII necesitaba muy mucho. Después de haber visto los poderes que estaban siendo desatados contra sus ejércitos y mundos por los aliados del Señor de la Guerra, si el Emperador no revocaba pronto su locura entonces era un tonto orgulloso de ello.

La ciudad se extendía ante él como un mapa realizado en tres dimensiones. Espeso humo negro oscurecía sectores enteros. El librarium fue construido sobre un afloramiento rocoso en el sector norte de Massilea, el punto más alto en un amplio valle de desembocadura. Había sido un lugar de peregrinación mucho antes de que los Ultramarines lo convirtieran en un centro de formación para las personas dentro de sus filas exhibían talentos psíquicos.

Había sido un centro rico y populoso, Massilea; construido de mármol, oro y cristal antes de que fuera bombardeada con intensidad. Columnatas rotas y fragmentos de estatuas se alineaban en anchas calles convertidas ahora en campos de batalla llenos de escombros, cáscaras de vehículos carbonizados e innumerables muertos. Unos pocos arcos de triunfo quedaban en pie, portando estandartes deshilachados y quemados por encima avenidas de desfile y plazas convertidas en cementerios. Los árboles y espacios verdes estaban integrados en el diseño de la ciudad, aunque ahora eran extensiones ennegrecidas de tierra quemada. Dos puentes que cruzan el río controlado través de la ciudad permanecieron intactos, mas el agua bajo ambos estaba saturado por los cadáveres.

Thunderhawks y Stormbirds vistiendo los nuevos colores de la Legión gritaban por encima, batiendo el humo y las cenizas cerniéndose sobre la ciudad.

Desde su atalaya, Sor Talgron podía ver los elementos blindados de sus batallones asignados en movimiento a través de los sectores asegurados de la ciudad. Rhinos, Land Raiders y Vindicadores atravesando las calles de escombros, liderando el camino para salir de la ciudad antes de que los activos más pesados avanzando tras su paso; los Fellblades y Tifones que habían sido tan decisivos en la acción anterior.

El traqueteo de los disparos y los golpes profundos de proyectiles y morteros todavía resonaban de forma esporádica. Varios de los cuadrantes orientales de la ciudad no estaban todavía completamente pacificados. La lucha era brutal y exigente, pues cada edificio necesitaba ser limpiado piso por piso.

Plumas como truenos desde el oeste podían oírse cuando el sonido de la artillería localizada y los disparos amainó. Una batalla seguía su curso ahí en las llanuras más allá del valle, a 50 kilómetros de distancia. Ya había dirigido la mitad de su fuerza hacia allí para flanquear el asalto enemigo. Esa batalla vería la última fuerza real de los Ultramarines en este mundo shecha añicos. Esa batalla sería la última. Una vez terminada, el proceso de extracción comenzaría. Toda resistencia dentro del sistema se liquidaría, y la selección final de las poblaciones humanas desafiantes se aprobaría. Si algún apoyo XIII Legión llagase, encontrarían todo el sistema reducido a un cementerio.

Los informes crepitantes de sus oficiales llegaron a través del nuncio-vox de Dal Ahk. Todo se estaba desarrollando como se esperaba.

Hubo un destello en la periferia de visión de Sor Talgron. Reaccionó al instante, gritando una advertencia y se puso a cubierto. Demasiado lento.

Sangre caliente brotó a través de su visor. Trozos de esta gotearon por la visera. Ahraneth cayó, sus cerebros volados de un agujero del tamaño de su puño en el lado izquierdo de su casco. El estandarte de la compañía estaba en el suelo.

Sor Talgron bullía mientras se agachaba con su espalda plantada de lleno contra la balaustrada de mármol. Miró a su abanderado muerto, cuya sangre empapaba el estandarte. Dal Ahk estaba en la cobertura junto a él, transmitiendo las órdenes y coordenadas de localización del francotirador. Había ira en su voz.

La zona fue declarada despeja aunque Sor Talgron no dijo nada, dejando que sus subordinados se ocuparan de ello. Oyó las órdenes recortadas mientras legionarios

convergieron en la ubicación del francotirador. Oyó al sargento de pelotón responsabilizarse por el error. Habría repercusiones.

Se sentaron allí, escuchando los informes vox de diversos elementos del capítulo propagándose por toda la ciudad, a la espera de la confirmación de que el francotirador había sido neutralizado El charco de sangre de la cabeza de Ahraneth se acercaba cada vez más.

Se encontró pensando en su viejo mentor, Volkhar Wreth. La idea no era reconfortante.

-Él era un buen guerrero -dijo Dal Ahk.

-¿Qué? -dijo Sor Talgron.

-Ahraneth -dijo el maestro de señales, señalando con la cabeza el cadáver tendido delante de ellos. -Él era un buen guerrero. Lo vi rasgar la cabeza de un piel verde de una vez, y demandó un recuento de diecisiete eldar muertos en Hallanax. Le echaremos de menos. Su alma es una con el empíreo ahora.

Sor Talgron gruñó. -Hablas como un sacerdote.

-Las enseñanzas de… -comenzó Dal Ahk, antes de ser interrumpido por el clic de tráfico vox entrante.

-¿Qué es? –exigió Sor Talgron.

-El tercer escalón -informó Dal Ahk. -Ellos han identificado la ubicación de... espera... repetición. ¿Eso está confirmado?

En la distancia detrás de ellos oyeron el chasquido seco de las detonaciones de granadas, seguida de cortinas de fuego bólter en varias ráfagas controladas. Doscientos treinta metros, estimó Sor Talgron a partir del sonido. El francotirador se había ido.

-Capitán, el tercer escalón ha localizado Ultramarines concentrándose en un lugar oculto, posiblemente un puesto de comunicaciones -dijo Dal Ahk.

-¿Dónde?

-Trescientos kilómetros hacia el oeste. ¿Debo bombardear la ubicación de la órbita?

-No -dijo Sor Talgron. –Busca mi nave de desembarco.

-¿Capitán?

-El enemigo ha llevado a cabo la defensa de este mundo con una perspicacia y tenacidad considerables. No quiero que el último de ellos sea borrado desde órbita. Morirán como vivían; con honor.

-¿Nos permitirán el mismo respeto si se invirtieran nuestras situaciones, capitán? -dijo Del Ahk. -¿Por qué es importante su forma de morir?

Pensó en su antiguo mentor de nuevo, y la suerte que le había acontecido.

-Es importante para mí -dijo.

El gigante se inclinó sobre la mesa con puños masivos revestidos de bronce.

Era inmenso. Todos los primarcas lo eran, pero Sor Talgron sólo alguna vez había estado muy cerca de uno; Lorgar Aurelian, el padre genético de los Portadores de la Palabra.

Rogal Dorn era mucho más grande.

Si no estuvieran en una era secular, el Primarca de los Puños Imperiales seguramente habría sido adorado como un semidiós. Ningún mortal podría estar en su presencia y no acobardarse.

Su rostro era tan implacable como la piedra. Su cabello era blanco como la nieve y muy corto. Sus ojos eran tan duros y fríos como los diamantes y emanaban una inteligencia fría, feroz.

Y la ira. Un profundo abismo que imperdonable de ira que era palpable en cada uno de sus movimientos y expresiones.

La mesa que tenía delante era enorme, tallada en la madera oscura de un árbol largamente extinto en Terra. Estaba cubierto de planes, comunicados, escaneos orbitales y placas de datos. Tal gran cantidad de información era abrumadora, sin embargo, había orden en ella; nada estaba fuera de lugar o innecesario.

La cámara en sí era cavernosa, austera y con pocos muebles. No había asientos. Uno de los lados estaba dominado por ventanas de arco. A la vista, estaba claro que la habitación estaba colocada en lo alto de los flancos del Himalazia, por encima de la línea de nubes, y mientras el cielo exterior era negro y punteado con las estrellas, la dura luz industrial desde abajo inundó esos cristales de espesor reforzado.

Una reunión estaba en marcha cuando Tíber Acanthus le anunció. Burócratas, políticos, florines, Administratum; Dorn les despidió con una palabra. Pocos de ellos se dignaron siquiera a considerar a Sor Talgron mientras salían. Estos eran los arquitectos del nuevo Imperio. Estos eran los que tenía el verdadero poder, y Sor Talgron les detestaba. No tenían ningún concepto de la sangre, la muerte y los horrores que habían labrado el Imperio. Ninguno de ellos había puesto pie fuera del planeta en absoluto. Uno, alargado y delgado y agarrando planes de construcción y placas de datos le miró con desprecio, con el rostro desdeñoso. Sor Talgron le miró a medida que se marchó, odiándole a él y toda su raza de sangre débil. ¿Estos eran aquellos por los que habían luchado? Le enfermó.

Tíber Acanthus había partido, tirando y cerrando las enormes puertas de madera tras él. Dos personas quedaron con Dorn. Tampoco se identificaron.

A uno lo conocía por el tiempo que había pasado en Terra; Archamus, maestro de huscarles y séquito de Dorn. Un individuo severo y orgulloso, claro ejemplo de su herencia genética; sus rasgos eran fuertes reminiscencias de su primarca.

El otro no era un Puño Imperial. Su servoarmadura estaba decolorada y adornada con un verde aceituna desgastado. Un oficial de la Guardia de la Muerte.

Este estaba completamente, este capitán, y un águila estilizada tomando vuelo engalanaba su coraza y gola. Sus ojos eran severos y sin fisuras. Se veía sólido, en opinión de Sor Talgron. De fiar. Estoico. Quién era Sor Talgron no lo sabía, pero instintivamente le gustó. Era un soldado que podía respetar.

El misterio de la identidad de este guerrero fue olvidado tan pronto como Dorn comenzó a hablar. Ahora que había terminado, el silencio fue pesado.

Durante un largo momento, Sor Talgron se quedó mirando al capitán de la Guardia de la Muerte, con el ceño fruncido. Luego su mirada se desvió a Dorn.

-Es... –dijo al fin. -Es difícil de comprender.

-Créalo -dijo Rogal Dorn, su voz como un trueno turbio.

-Isstvan Tres será condenada para siempre en los anales de la historia -añadió Archamus. Sor Talgron entrecerró los ojos hacia él; había demasiado orgullo en el tono del huscarles.

-Cuatro legiones volviéndose contra sí mismas. Volviéndose contra el Emperador -dijo Sor Talgron. Sacudió la cabeza -Es una locura.

-Una locura, sí -dijo Dorn. -Locura de la peor clase.

El primarca se empujó fuera de la mesa, con los puños apretados. Parecía como si quisiera golpear algo. Si él ponía toda la fuerza de su furia tras él, Sor Talgron dudaba de que cualquier ser vivo sobreviviera a semejante golpe.

El gigante se movió a través de la cámara, su avance implacable, cada paso provocando un gran eco y acompañado por el zumbido mecánico y rutinario de su armadura. Se detuvo delante de las ventanas, mirando hacia el exterior. Una multitud de focos bañaban la ladera de la montaña, arrojando luz sobre la inmensa obra claramente de relieve. El duro resplandor blanco delineaba sus rasgos, destacando las líneas profundas y los contornos de su cara. Podría haber sido tallada en granito, tan duro e inmóvil era.

Se quedó allí, mirando a lo lejos durante un tiempo. El silencio era opresivo. Tanto Archamus como el capitán no identificado de la Guardia de la Muerte miraron a Sor Talgron, sin pestañear.

-¿Cómo se enteró de esta atrocidad? -dijo Sor Talgron finalmente, rompiendo el silencio. -Mis augures y astrópatas no han oído nada más allá de las fronteras del segmentum durante meses, cegados por tormentas de disformidad.

El primarca echaba humo y regresó a la pesada mesa de madera oscura, con una expresión sombría. Le tomó una considerable fuerza de voluntad a Sor Talgron no retroceder un paso en su acercamiento. Sería una visión aterradora ven en batalla a este gigante envuelto en oro, avanzando con la intención de matarle. Ningún mortal duraría más de un latido del corazón.

-El coro astropático ha estado en silencio -gruñó Dorn. –No hemos oído nada del Sistema Isstvan desde el inicio de esto.

Sor Talgron frunció el ceño, pero no dijo nada.

-Más bien lo escuché de alguien que estuvo allí -dijo Dorn, respondiendo a su pregunta no formulada.

Dorn inclinó la cabeza, y la mirada de Sor Talgron se fijó en el capitán de la Guardia de la Muerte de pie, en silencio y atendiendo.

-Este es el capitán Nathaniel Garro, ex integrante de la XIV Legión -dijo el primarca.

Garro saludó, golpeándose el pecho con el puño en la vieja tradición Terrana. Sor Talgron devolvió el gesto.

-Me sorprende ver a uno de la Guardia de la Muerte aquí, acabando de oír la historia de la traición de su Legión -dijo.

-No es ningún cuento -espetó Archamus. -Es la verdad.

Sor Talgron le miró. -Una forma de hablar -dijo, antes de volver su atención a Garro.

-Me sorprende y entristece estar aquí y hablar de este tipo de eventos -dijo el capitán de la Guardia de la Muerte. -Mis relaciones con mi Legión murieron junto con mis verdaderos hermanos, quienes fueron masacrados en Isstvan Tres por el crimen de su lealtad.

-Entonces es un legionario sin Legión.

-Eso parecería.

-Garro fue testigo de la traición del Señor de la Guerra. Él vio a mi hermano... -dijo Dorn, casi escupiendo la palabra, -volverse contra el imperio. Horus atacó Isstvan Tres con bombas víricas, matando a incontables miles de legionarios leales al Emperador y millones de ciudadanos. Frente a esta atrocidad, Garro tomó su nave, la Eisenstein, y se abrió camino para traer el mensaje a Terra.

-Parece que el Imperio tiene una deuda de gratitud contigo -dijo Sor Talgron, inclinando la cabeza hacia Garro.

-Simplemente hice lo que sentí era mi deber -dijo Garro, con cierta rigidez.

-Aunque la Eisenstein no atravesara el bloqueo y trajo palabra de la traición, no habríamos conocido de esta atrocidad hasta que fue demasiado tarde -dijo Archamus.

-Trono -dijo Sor Talgron. -El Señor de la Guerra podría haber tomado Terra prácticamente sin oposición.

-Podría -dijo Dorn. -Pero su estratagema falló.

-¿Las Legiones masacrándose en su propia guerra civil, como parte de un complot para destronar al Emperador? -dijo Sor Talgron con un movimiento de cabeza. -¿Cómo se llegó a esto?

-A través de las acciones de un hombre; Horus Lupercal -dijo Dorn. -Horus era el mejor de nosotros. Si él podía caer, cualquiera podría caer. Lo que me lleva a ti y a tus hermanos de batalla, capitán.

CUATRO

Sor Talgron odiaba el fanatismo. Odiaba la necesidad metafísica que parecía codificada genéticamente en sus hermanos de batalla; había un nuevo y desesperado hambre en la Legión de creer en algo más que la lucha y el dolor y el tormento que era la existencia mortal. Pero eso era la vida, una tarea sangrienta tras otra hasta que la muerte llegase al fin a reclamarte. ¿Por qué tenían que ser algo más que eso?

¿Por qué esta necesidad insaciable de lo que significa? ¿Por Fe?

Era una debilidad, a su parecer. Un fallo. Algo que la Legión había heredado de Lorgar Aureliano, y Sor Talgron casi odiaba a su Primarca por ello. Estaba impresionado por él, y no dudaría en sacrificar su vida por él, por supuesto, pero casi lo odiaba no obstante. No sabía por qué no tenía la misma compulsión arraigada como en sus hermanos. ¿Quizás el fallo era suyo?

Si hubiera hablado de esto a cualquiera, siquiera a sus subordinados, no lo entenderían. Lo habrían despreciado. Sin duda, una daga hubiera venido poco después. Sólo otra purga.

Sintió algo así como un parentesco con el Custodio Tíber Acanthus, tal vez más que el albergado con sus hermanos de batalla, y esa relación se había construido sobre mentiras. ¿En qué le convertía eso?

El Stormbird subió desde abajo y se cernió ante él, sus poderosos propulsores verticales gritando y soplando polvo. Giró, descendiendo su rampa de asalto. Llevaba el estándar de la Legión ahora, y la tela gruesa como empapada de sangre se azotó como una vela ante los chorros de la nave de asalto. Se acercó a la balaustrada de mármol de la terraza y en el interior de la nave de asalto, haciendo caso omiso de la caída de cuarenta metros que habría encontrado si los pilotos no hubieran podido mantenerla firme. Dal Ahk y dos escuadrones de legionarios pasaron por encima de la brecha tras él, bloqueando magnéticamente las botas en la rampa de asalto con los impulsos apenas conscientes.

Algunos legionarios odiaban esos momentos de ser embarcados en un Stormbird, o una cápsula de desembarco o ariete Caestus, precipitándose en el fragor de la lucha pero renunciando al control sobre su destino en favor de los pilotos, el conductor, o la pura suerte. Sor Talgron no era uno de ellos. Si ellos eran derribados o borrados antes de que alcanzaran su objetivo, entonces tal sería la forma de su muerte. Eso hizo que se sintiera tranquilo. Si algo llegara a suceder, no tendría control sobre ello. Dejaba que lo que fuera a suceder sucediera.

Hoy, sin embargo, no se sentía cómodo dentro de los confines de la Stormbird. Las paredes parecían cerrarse sobre él, como una mazmorra.

Se movió a través de la nave, más allá de los bancos de arneses de asalto y depósitos de armas, entrando en la cabina del piloto. Los dos oficiales de vuelo, sentados espalda con espalda, reconocieron su presencia con guiños restringidos. Los dos servidores piloto sentados al frente tenían baba colgando de sus labios azules, como el atole blanco. Su carne pálida se crispó.

Más allá de la cabina, la ciudad de Massilea estaba teñida de color verde grisáceo por la iluminación y los filtros del cristal blindado curvado teñido. Superposiciones holográficas se proyectaban ante el piloto líder, entregando a los oficiales de vuelo una gran cantidad de datos mientras que los mapas topográficos detallados en tres dimensiones se cernían ante el co-piloto. Las líneas verdes de superpuestas se veían deformadas y extrañas desde el ángulo de Sor Talgron. Una gran cantidad de información adicional estaba allí también, lo sabía, visible solo a los oficiales de vuelo. Se preparó, aferrándose a las barandillas de arriba.

A popa, la rampa de asalto se selló y la Stormbird se elevó, virando bruscamente la punta hacia el oeste, sus alas apuntando hacia los cielos y la tierra en el proceso. Sor Talgron permaneció fijado en su lugar, pues los anclajes magnéticos mantuvieron sus botas sujetas a la cubierta. Giraron sobre el Librarius que sobresalía de la roca bajo ellos, totalmente envuelto en llamas, humo y mármol blanco sucio. Luego fueron a toda velocidad sobre la ciudad, azotando las ruinas azotes bajo ellos.

Redujeron altitud a medida que salían de la ciudad, colocándose a baja altura sobre el río de color turquesa, levantando paredes gemelas de agua en su estela. Devoraron los kilómetros, siguiendo los acantilados serpenteantes que bordeaban el río.

Cruzaron aguas azules profundas a media que el río desembocaba en un lago que podría haber sido confundido con un mar. Desde allí se desviaron sobre la tierra, gritando por encima del detritus de un campo de batalla ganado recientemente. La Legión se había ido, llevando la guerra más allá de la más cercana de las zonas de desembarco. El momento de dejar este mundo se acercaba y Sor Talgron ya había dado la orden para que los elementos no contactados de la 34ª Compañía se dirigieran a los puntos de reunión, listos para la extracción.

Piras ardientes se dejaron en la estela de la Legión, formadas por los muertos, pero lo que arrastró la atención de Sor Talgron eran los inmensos proyectiles blindados que estaban dispersas por toda la tierra ennegrecida. El campo era un cementerio para los titanes leales. La mayoría habían sido derribados con pocas bajas para la XVII; una vez que la batalla en el espacio fue ganada, los Titanes fueron presa fácil para el armamento orbital. Los titanes no apoyados eran poco más que trampas mortales andantes, y las andanadas de lanzas habían aplastaron sus escudos de vacío antes de aplastarles a ellos mismos. Sólo los Warhounds fueron lo suficientemente rápidos para evadir las salvas devastadores, y de los informes que habían llegado se cobraron un peaje con sangre entre las fuerzas de tierra invasoras antes de fueran finalmente abatidos.

Las formas caídas de media docena de gigantes mecánicos estaban repletas de adeptos y servidores Mechanicum. Estas eran las sectas del sacerdocio marciano que habían jurado fidelidad a la Legión y la causa de Horus, y pulularon entre los Segadores, Warhound e ingenios de clase Némesis como gusanos alimentándose de cadáveres putrefactos.

Pasaron sobre una extensión de desierto extrañamente intacta, una isla de árboles de abeto verde en un océano de tierra ennegrecida por el fuego, y una manada de cuadrúpedos de múltiples antenas se dispersó a su paso. Alguna vida florecía aún, al parecer, lejos de los principales combates.

Se acercaron a una de las zonas de reunión de la Legión. Landers yacían bajos y expectantes sobre sus cabezas, preparándose para recoger a los elementos más pesados de tierra. Los Rhinos y Land Raiders de los Portadores de la Palabra ya serpenteaban a través de los cañones rocosos para la extracción. El Stormbird vadeó sus alas en señal de saludo a los guerreros de abajo, y Sor Talgron vio a un comandante de tanque solitario, de pie en la cúpula abierta de un Proteus, levantar la mano a cambio.

Continuaron hacia el este, barriendo colinas devastadas, fincas periféricas humeantes y un antiguo bosque que había sido reducido a cenizas y brasas. Pasaron junto a un trío de Fantasmas Mortíferos retrocediendo a lo largo de una cresta de guijarros hacia el punto de reunión y los levantadores de masas en espera. Los titanes portaban banderas y estandartes de muertes. Más muertes serían blasonadas sobre ellos después de que fueran asegurados a bordo de las feas naves del Mechanicum feas en órbita por encima; la Legio Mordaxis había demostrado su valía en el campo de batalla una vez más. Estos dioses-máquinas de rápidas zancadas, encorvados y parecidos a escarabajos como eran, cuyo calibre de municiones era capaz de arrasar compañías enteras.

El titán en cabeza, su caparazón negro bordeado de amarillo, giró su cabeza pesada hacia el Stormbird pasando a cien metros a su costado y dejó escapar una ráfaga cuan terremoto de su cuerno de guerra. ¿Un saludo? ¿Un reto? Sor Talgron no lo sabía. Las otras dos máquinas de guerra dejaron salir sus propios gritos ululantes y luego se alejaron de ellos, inclinándose hacia la cordillera cubierta de hielo que se avecinaba en el horizonte, recordándole a los altos picos del Palacio Imperial en Terra. Sor Talgron sacó por la fuerza la comparación de su mente.

Los reconocimientos iniciales de la región no habían revelado presencia enemiga, pero eran claramente incorrectos. Alguna forma de blindaje ocultaba aún el puesto avanzado, tal vez, pues Dal Ahk había informado de que las imágenes de la flota y las exploraciones con aviones regresaron sin nada. Se negaba a aparecer en cualquier exploración o barrido. Iban a ciegas.

Se elevaron a través de los picos helados, fijados a la baliza parpadeante plantada por los escuadrones de reconocimiento.

-Lo veo -dijo el ranking oficial de vuelo. Sor Talgron se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos más allá del marcador parpadeante flotando en el aire. Él era incapaz de ver algo hasta que estuvieron justo en frente de ella, tan bien estaba oculta la estructura del aire.

-Por la sangre del Urizen -dijo Sor Talgron. -¿Cómo lo encontró Loth?

-No sé, capitán -dijo el oficial. -Lanzaderas y cañoneras recorrieron esta región y no descubrieron nada. Tal vez tuvo suerte.

-Tiene mucha suerte entonces -dijo Sor Talgron, sabiendo que la suerte no tenía nada que ver con eso. Loth era el mejor operativo de reconocimiento en la compañía, tal vez toda la Legión. Había demostrado su valía una y otra vez a través de una docena de campañas y sistemas.

Una pista de aterrizaje había sido construida en la ladera de la montaña, escondida bajo un profundo voladizo. El Stormbird entró por debajo de la plataforma de piedra que sobresalía. Un transporte de la XVII Legión ya estaba allí, y los legionarios permanecían a la espera de su llegada. El transporte en el azul de la XIII estaba introducido más atrás.

El vox de Sor Talgron hizo clic. Canal cerrado. Dal Ahk.

-Capitán, ¿Por qué el enemigo vendría aquí? -preguntó Dal Ahk. –La batalla está todavía en curso en varios frentes. Los Ultramarines todavía viven y respiran en este mundo. Han perdido la guerra, y no tienen ninguna esperanza de extracción. Incluso si este es un centro de comunicaciones, ¿Por qué venir aquí? No hay flota dentro del sistema con la que comunicarse.

-El enemigo no es nada si no es racional. Claramente hay una razón que no estamos viendo -respondió Sor Talgron. -Quiero saber cuál es.

Silencio, luego un clic cuando el enlace vox de Dal Ahk se cerró.

El maestro de señales estaba inquieto por la decisión de Sor Talgron, y él lo sabía. Tampoco lo había expresado, pero era obvio no obstante. Sor Talgron le entendía. Venir aquí en persona era innecesario. Más que eso, estaba fuera de lugar.

Las alas del Stormbird se ajustaron cuando los propulsores les llevaron por la pista de aterrizaje. Las zapatas chirriaron a medida que la nave se posó.

Su bólter modelo Umbra sin adornos estaba apretado en el muslo, y el peso familiar de su maza con pinchos colgaba de su cadera izquierda. Su pistola volkite recién adquirida estaba enfondada en su lado derecho.

El aire frío de la montaña se precipitó en la Stormbird cuando la rampa de asalto se abrió una vez más. Sin decir una palabra, Sor Talgron se volvió y caminó a lo largo del interior de la cañonera hacia fuera.

La expresión de Sor Talgron se endureció de las palabras de Dorn.

-La lealtad de la Decimoséptima nunca ha sido cuestionada -dijo, ni siquiera tratando de mantener la ira en su voz. -Se os ha acusado de ser demasiado entusiastas en vuestra... adoración del Emperador en el pasado, pero nunca he puesto en duda nuestra lealtad ante nadie o vuestra devoción por el Imperio.

Archamus levantó una placa de datos, desplazándose a través de una franja de datos con un gesto.

-Han estado muy activos desde su llegada aquí -dijo. –Patrullando a todo lo largo y ancho del Sistema Solar, inspecciones reguladas a Marte y los astilleros de Júpiter y Luna, manteniendo una presencia en el Palacio Imperial…

-¡Tal es mi deber! -dijo Sor Talgron, interrumpiéndole. Su expresión era atronadora. -Si tiene algo de lo que desea acusarme ahora, sáquelo y dígalo. Deje de bailar con el asunto.

Archamus puso la placa de datos sobre la mesa.

-¿Dónde has estado estos dos últimos meses? -dijo.

-¿Esto es un interrogatorio, mi señor? -dijo Sor Talgron, deliberadamente mirando lejos de Archamus para abordar a Rogal Dorn.

La expresión del primarca era ilegible, y no dijo nada.

-No, a menos que tenga algo que desee ocultar -dijo Archamus.

Una quietud peligrosa se había apoderado de Rogal Dorn como un manto. Sor Talgron sintió que sus ojos duros como diamantes se clavaban en él.

-Capitán Garro -dijo el primarca, finalmente. -Sé que tiene asuntos importantes que atender. Le doy las gracias por su tiempo. Puede irse.

Garro dio un puñetazo en el pecho una vez más y se inclinó ante lord Dorn. Lanzando una última mirada hacia Sor Talgron, salió de la habitación. La puerta se cerró tras él. Rogal Dorn seguía mirando a Sor Talgron.

-¿Dónde estabas? -dijo.

-Viajé hasta el Santuario de la Unidad, como estoy seguro de que ya saben –gruñó Sor Talgron. Arqueó las cejas ante Archamus. -¿Satisfecho?

-¿El cometa? -dijo el maestro de huscarles. -¿Para qué

Sor Talgron lo miró directamente a los ojos. -Fui allí para arreglar las cosas -dijo.

-Explícalo -dijo Dorn.

La renuencia de Sor Talgron hacerlo era clara. El santuario era un poderoso símbolo de la fuerza imperial y propósito unificado. Había sido tallada en un inmenso cometa que orbitaba continuamente el Sistema Solar varias veces cada mil años, siguiendo una ruta elíptica irregular alrededor del sol. En anteriores milenios, cuando su trayectoria se mantuvo estable y predicha con mayor precisión, tenía un nombre diferente, pero perdido en la niebla turbia de tiempo. El cometa fue visto en el cielo cuando el Emperador ganó las Guerras de la Unificación en Terra, y fue por su victoria que se construyó el santuario.

Sor Talgron no estaba dispuesto a hablar ante extraños, pero la expresión de Dorn era implacable y exigió una respuesta.

-En el pasado la XVII Legión ha exhibido rasgos que algunos decretaron como... contradictorios con el carácter laico del Imperio -dijo Sor Talgron.

Bajó los ojos al recordar el reproche que su Legión sufrió en Monarchia. Un dolor que aún supuraba dentro de él, a pesar de que nunca había sido un alma devota en

ningún aspecto. Que no quería hablar estas palabras en voz alta era claro, tan claro como su ira por haber sido obligado a relatar la vergüenza de su Legión.

-La Legión vio desde entonces el error de sus maneras -dijo.

-¿Y el cometa?

-La órbita del cometa lo verá regresar a través del Sistema Solar en cuestión de años. Se me ordenó quitar ciertas edificaciones que habían sido erigidos sobre el cometa antes de que lo hiciera.

El primarca resopló. -Mi hermano pequeño puede ser tan tonto -dijo.

-Lorgar construyó un templo al Emperador en el Santuario de la Unidad, ¿no? -dijo Archamus, alcanzando un momento después. -Antes de Monarchia. Tú estabas allí para derribarla, antes de que nadie se enterara.

La ira se apoderó de Sor Talgron ante la mención casual del nombre de su primarca y el desprecio en el tono del Puño Imperial y le costó toda su voluntad mantenerla bajo control. Rogal Dorn todavía lo miraba sin parpadear.

-Como dije -dijo Sor Talgron, cruzando la mirada con Dorn. -La Decimoséptima ha visto el error de sus actuaciones. Ya se nos ha avergonzado ante las Legiones. El Urizen no deseaba más vergüenza.

Sor Talgron miró a Archamus.

-¿Satisfecho? No somos traidores. No soy un traidor.

-Ninguno de nosotros creía que el Señor de la Guerra fuera capaz de traicionar -dijo Archamus.

Las manos de sor Talgron apretaron en puños y estuvo a punto de hablar, pero Dorn levantó la mano para silenciarlo.

-Basta ya -dijo, una finalidad de hierro en su voz. -Y Archamus, estás equivocado; Horus siempre fue capaz de estas acciones. Nunca he conocido a un hombre más capaz, pero yo no esperaba que tomara este camino. Pensé incluso que su arrogancia tenía un límite, pero parece que me equivoqué -su expresión era inflexible. La ira hervía a fuego lento bajo la superficie. -No suelo ser confundido a menudo.

Archamus estaba mirando a Sor Talgron, como si él fuera responsable de su reprensión.

-Lorgar es sutil -dijo Dorn. -Eligió bien en estacionarte aquí.

-¿Mi señor? -dijo Sor Talgron.

-Con el fin de asegurar al Emperador que su reprensión pública se entendió muy bien, te envió a Terra -dijo Dorn. -Eligió bien.

-Me enviaron aquí para reforzar la presencia de la Legión…

-¿Pero por qué tú, de todos sus capitanes cacareados?

-No lo sé, mi señor –respondió Sor Talgron. -Quizás lord Aureliano estaba disgustado conmigo.

-Le irrita que no encontrarse en el frente de batalla, luchando con tus hermanos. Puedo entender eso mejor que la mayoría -dijo Dorn, con amargura en sus palabras. -Pero no es por eso por lo que Lorgar te envió aquí. Esto no es un castigo.

-A veces se siente como tal, mi señor -dijo Sor Talgron.

-Eres de una pasta diferente del resto de la Decimoséptima Legión. Eres práctico y pragmático, cuando tus hermanos son demasiado entusiastas. Eres un soldado, sin pretensiones de ser otra cosa. La mayor parte de su línea de sangre hablaba como sacerdotes. Es de mal gusto. Esta es la razón por la que Lorgar te envió aquí.

-Mi señor, la XVII fue reprendida por venerar al Emperador con demasiada intensidad -dijo Sor Talgron. -La Legión ha cambiado.

-¿Alguna vez veneró al Emperador, capitán? -dijo Dorn.

-Mi señor, yo... Perdóname. No me siento cómodo hablando de esas cosas.

-No creo que lo hicieras -continuó Dorn. -Tu Fe es en la estrategia y la táctica, las botas sobre el terreno y servoarmadura sobre tu espalda. Tu Fe está en bólter y la sangre, la logística y los oficiales del campo de batalla. Dime que estoy equivocado.

Sor Talgron no dijo nada.

-En verdad, estoy celoso de que la XVII llegara a ti en primer lugar -dijo Dorn. -Habrías sido un buen Puño Imperial.

Sor Talgron se quedó en silencio, sin saber qué responder. -Gracias, mi señor -murmuró al fin.

-De hecho, eres el capitán perfecto para Lorgar a enviar a Terra para tranquilizar al Emperador de que todo está bien dentro de la Decimoséptima.

-Todo está bien dentro de la XVII -dijo Sor Talgron.

-La cuestión de tu lealtad no es la razón por la que te he traído aquí, capitán -dijo Dorn. -Permíteme aclarar mi posición. No hay ninguna razón para que yo considere a la XVII como algo más que una legión leal al emperador. Como dices, en todo caso, la Legión ha demostrado ser quizá demasiado leal en el pasado. No creo que tú o tu Legión sean traidores. Esa no es la razón por la que encerré tu flota en los astilleros de Luna. No es la razón por la que permití que solo tú cruzaras el umbral del palacio. No es la razón por la cual tus guerreros acuartelados aquí han sido puestos bajo vigilancia.

-¿Por qué entonces?

-Tengo que ser visto tratando a todas las Legiones igual. Hacer lo contrario sería correr el riesgo de acusaciones de favoritismo y causar más divisiones entre mis hermanos. Tus guerreros no son los únicos que he encarcelado en el Palacio Imperial.

Sor Talgron frunció el ceño. -¿Qué otros?

-La Hueste Cruzada -respondió Rogal Dorn, agrietando sus inmensos nudillos uno por uno.

-¿Los ha encarcelado? ¿A Todos?

-Todos ellos -dijo Dorn.

-¿Incluso a aquellos de Legiones que sabe leales?

-¿Quién puede decir qué tan profunda es esta podredumbre?

-A las Legiones no le va a gustar -dijo Sor Talgron, cruzando los brazos sobre su pecho. -Algunos menos que otros.

-No me importa -dijo Dorn. -Estoy tratando de garantizar que el Imperio no se caiga a nuestro alrededor. Haré lo que sea para asegurarse de que no lo hace. Cualquier cosa.

-¿Entonces, ha encarcelado a los Puños Imperiales destacados como parte de la Hueste Cruzada? -dijo Sor Talgron.

-No. Los Puños Imperiales ya no son una legión de cruzada, por lo tanto nuestros representantes en la Hueste han sido retirados. Se nos ha llamado Pretorianos del Emperador. Es difícil defender el palacio si estamos bajo llave.

-No estoy en desacuerdo, sin embargo puede ser visto de manera diferente por los demás -dijo Sor Talgron. -Parece que hay una regla para sus puños, y otra para todos los demás.

-Es lo que es -dijo Dorn.

-¿Y qué ocurre con la escuadra vigilante de la Sexta Legión estacionada con vosotros? -preguntó Sor Talgron. -¿Qué hay de esos hijos de Russ? ¿Los ha encarcelado pues?

El rostro de Dorn era pedregoso. -No. Operan bajo las órdenes del Sigilita. Están exentos.

-Perdone mi franqueza, mi señor, pero ¿No apesta esto a hipocresía?

-Así debe ser.

Sor Talgron miró hacia otro lado, ordenando sus pensamientos. -Todo esto es sólo política, ¿no?-dijo.

-En un momento en que se ha demostrado que cualquier Legión podría volverse contra el Imperio, al menos en teoría, tengo que verlo así para asegurar de forma proactiva la seguridad de Terra al tiempo que camino una línea muy fina para mantener a las legiones fieles juntas -dijo Dorn. -Sí, esto es una decisión política.

El Primarca le dio un momento para dejar que calase.

-Está enojado -dijo, por fin. –Lo entiendo. Volver a Terra para encontrar a sus legionarios encarcelados. Cualquier líder se enojaría.

-Como usted diga -dijo Sor Talgron.

-En un universo perfecto no tendría ninguna necesidad de encerrar a los legionarios fieles que podrían ser de utilidad guarneciendo el palacio siendo este el peor evento posible -dijo Dorn. -Este no es un universo perfecto.

-Entonces, ¿Qué pasa después? -preguntó Sor Talgron.

-Tu guarnición será liberada y transportada de nuevo a su flota. Vuestras naves serán liberadas. Se unirá a ellos en órbita y luego se irán. Para el próximo amanecer, no habrá ningún miembro de la Legión de los Portadores de la Palabra en el Sistema Solar. Vuestro tiempo aquí ha llegó a su fin.

-¿Mi señor?

-Otras siete Legiones se unirán a mi flota de retribución en ruta al Sistema Isstvan -dijo Dorn. -Estaréis allí también y llevaréis la lucha al Señor de la Guerra.

El primogénito de los Puños Imperiales no era conocido por ser tan impredecible como algunos de sus hermanos, pero era sin duda uno de los seres más poderosos de la creación, y Sor no estaba familiarizado con su disposición y humores. Él eligió cuidadosamente sus palabras.

-Con todo respeto, mi señor, mis órdenes eran mantener una presencia de la XVII Legión en el Sistema Solar -dijo Sor Talgron, sopesando sus palabras. -Vinieron del mismo lord Aureliano. No puedo desobedecer sus órdenes.

-Considere las órdenes de Lorgar anuladas -dijo Dorn. -Este es un honor, capitán. Va a ser una parte de la batalla que arreglará las cosas.

-No lo es; es más conveniente políticamente enviarme lejos –replicó Sor Talgron. -Si llevo a la trigésima cuarta con las fuerzas punitivas, ¿No dejará Terra más vulnerables?

-Los Puños Imperiales han sido nombrados Pretorianos del Emperador -dijo Archamus. -Es nuestro deber proteger Terra.

-Una invasión podría estar en camino hacia aquí ahora -dijo Sor Talgron. -Si ese es el caso, necesitaría mis legionarios.

-Es nuestro deber, no el tuyo –respondió Archamus. Sor Talgron igualó el resplandor del Puño Imperial con uno de los suyos.

-¿Podría dejar que su propio orgullo pusiera a Terra en peligro? -dijo.

La espada de Archamus estaba medio fuera de su funda cuando Dorn dio un puñetazo en el centro de la mesa. Controló el golpe; si no lo hubiera hecho, la mesa no habría sido más que astillas dispersas por toda la cámara.

-Basta ya -dijo. No levantó la voz; no tenía por qué. Archamus envainó la espada, aunque su rostro permaneció asesino.

-Esto va a terminar donde empezó -dijo Dorn. -En Isstvan.

-Si yo fuera un traidor, estaría enviándome en manos de su enemigo, sanos y salvos -dijo Sor Talgron.

-Tengo suficientes legionarios encarcelados aquí.

-Con todo respeto, señor, creo que esto es un error.

-Sus protestas se anotan, capitán -dijo Rogal Dorn. -Anotadas, e ignoradas. Saldrá de Terra. Pero hay una última cuestión que discutir; los representantes de la XVII dentro de la Hueste Cruzada.

-Volkhar Wreth -dijo Sor Talgron. -¿Seguro que no duda de donde recae sus lealtades?

-No, él es quizás el único otro miembro de la Hueste Cruzada del que no dudo. Es una de las razones por las que le estoy liberando a su custodia. Un legionario fiel más se unirá a la refriega.

-Y uno menos que custodiar aquí, dentro de los muros del palacio -dijo Sor Talgron. -Un enemigo potencial menos dentro.

-Eso también -dijo Dorn, juntando los dedos delante de él.

-Él estará agradecido, mi señor -dijo Sor Talgron, inclinando la cabeza. -Un legionario debe enfrentarse a su destino en el campo de batalla, no en una celda de prisión.

El primarca asintió. -Él será aislado de los demás. No pueden saber que está siendo liberado. Voy a arreglarlo para que sea trasladado a un lugar de espera diferente. Menos seguridad. Se le concederá el permiso. Ojalá pudiera librarme de todos ellos con la misma facilidad.

CINCO

-El pozo se adentra en el corazón de la montaña -dijo el sargento de Reconocimiento Loth. Escupió en la cubierta de aterrizaje. La saliva ácida transhumana crepitó a medida que devoró la carpintería metálica. -Trescientos metros, en línea recta.

Loth se quitó el casco mejorado con conjuntos de sensores y selectores de objetivos que no eran estándar para dar su informe a Sor Talgron. Uno de sus ojos había sido reemplazado con una lente biónica que zumbó débilmente mientras se centró. Su único ojo orgánico restante era frío y totalmente impersonal. El capitán señaló el símbolo de engranaje de doce dientes en su frente, marcándolo como entrenado en Marte.

Tal marca era altamente inusual fuera de los tecnomarines. Él había sido preparado para ese camino, pero no tenía ni el temperamento ni la inclinación para tener éxito en el mismo. Había sido reasignado a la sección de reconocimiento, donde su feroz independencia, ingenio y la insubordinación se ajustaban con más comodidad. Esos mismos rasgos que le habían hecho un mal soldado demostraron ser un activo, y su entrenamiento marciano le hicieron inestimable cuando trabajaba detrás de las líneas enemigas como un saboteador.

De hecho, ese talento fue utilizado sabiamente en Terra.

Acunaba un rifle largo envuelto en red de camuflaje en el hueco de un brazo. Una capa camaleónica desigual pendía sobre su servoarmadura simplificada, cuyo material avanzado curvaba la luz alrededor de él. Bajo el polvo y el barro, conservaba la armadura gris pizarra de colores originales de la Legión.

Maldijo, utilizando un argot colchisiano de baja estofa, cuando el Capellán Jarulek cuestionó su decisión de no consagrar sus armas en los colores del renacer de la Legión.

-Intenta permanecer invisible en rojo, sacerdote -había gruñido. Jarulek buscó a Sor Talgron, solicitando que el capitán censurase al sargento de reconocimiento

insubordinado. Pero él no estuvo en desacuerdo con el razonamiento de Loth, y mantuvo la protesta.

Fueron Loth y su escuadrón disminuido los que rastrearon a la nave enemiga camuflada volando bajo a través de los valles de las montañas. Acababan de regresar de una misión de búsqueda y destrucción, y mientras que la nave enemiga no apareció en los auspexs la escuadra quedó fijada por su firma de calor y la siguieron hasta que descendió a tierra. Fue la radiobaliza de localización de Loth la que guio a la nave de Sor Talgron hasta aquí.

Los legionarios de la XVII estaban trabajando para ganar la entrada en el cañón a través del portal pesado reforzado que parecía ser la única entrada. Las cortadoras escupían y gemían mientras trabajaban.

-Hay un transportador, actualmente en la base del cañón -dijo Loth. -Se ha desactivado, y saboteado si son listos. Es lo que yo haría.

-¿Puedes volverlo operativo? -dijo Sor Talgron.

-No debería ser difícil.

-Bueno -dijo Sor Talgron. -Una vez que la puerta sea abierta, quiero que tú y tu equipo paséis por el hueco. Subid el elevador. Y no os voléis en pedazos en el camino.

Loth asintió vagamente y se trasladó a informar a su escuadra, escupiendo de nuevo mientras se alejaba.

-Perro de casta baja -dijo Dal Ahk, viendo Loth a cuclillas y comenzando a impartir sus órdenes al grupo agachado a su alrededor.

-Yo era de casta baja también, recuerda -gruñó Sor Talgron.

-Lo siento, mi señor. Hablé fuera de turno.

-Pon tus prejuicios a un lado; si él no fuera bueno estaría muerto.

-Estarán esperándonos ahí abajo. Estaremos caminando directamente a sus armas.

-Soy consciente de ello -dijo Sor Talgron.

-No lo entiendo, capitán. ¿Por qué nos molestamos con ellos? Hemos ganado esta guerra. Hemos tomado su mundo.

-No tengo la intención de dejar este sector mientras un solo ultramarine aún respire dentro del mismo -dijo Sor Talgron. -Podríamos bombardear esta montaña durante semanas desde la órbita y aún estarían allí abajo. Apenas lo notarían. ¿Estamos caminando hacia una emboscada? Sí. ¿Hay alguna alternativa? No.

-¿Por qué retirarse aquí?

-Ah, ahora haces la pregunta correcta.

-¿Y la respuesta?

Sor Talgron se giró para mirar a su maestro de señales. -No tengo ni idea -dijo.

-Pistolas y cuchillas –anunció Loth, de pie. Sus legionarios se descargaban a sí mismos de gravamen ajeno: municiones, células de energía, equipo de comunicaciones y sus armas más voluminosas. Se quitaron sus capas refractivas. Por último, Loth apoyó su rifle largo en medio del montón de equipo, partiendo sin ella a regañadientes.

-Que nadie la toque -gruñó antes de colocarse su casco modificado. Sus lentes no se iluminaban; eran no-reflectantes y silenciosas, tan planos y muertos como su único ojo orgánico.

Las puertas estaban rotas, y los portales seguros fueron arrancados. Loth dirigió un saludo perezoso a Sor Talgron y Dal Ahk antes de girar y liderar a su pelotón en el descenso. Uno por uno se deslizó por el borde del eje del ascensor, tan silenciosos como sombras.

-Bastardo Insubordinado -dijo Dal Ahk después de que él se hubiera ido, moviéndose entre los equipos apilados y deliberadamente dando una patada en el rifle de Loth. Sor Talgron negó con la cabeza.

Mientras esperaban llegó otra nave, traída por orden de Sor Talgron. Un escuadrón de asedio fuertemente blindado desembarcó, aglutinándose en la pista de aterrizaje. Estaban blindados en servoarmaduras Mark III muy modificadas para ataques frontales, y cada uno llevaba un escudo de asedio voluminoso. Estaban entre los más aguerridos legionarios dentro del Capítulo, a menudo formando la vanguardia

contra fortificaciones blindadas y naves enemigas, y mientras que la tasa de bajas en sus filas era notoriamente alta, era también una marca de honor entre ellos. Estos duros veteranos eran algunos de los asaltantes de primer nivel de Sor Talgron.

-A sus órdenes -dijo Telakhas, sargento de pelotón. Un martillo trueno masivo estaba anclado magnéticamente en su espalda.

El Apóstol Jarulek también acompañó al equipo de asalto. Los legionarios inclinaron la cabeza mientras caminaba entre sus filas, ofreciendo un nivel de deferencia que Sor Talgron encontró de mal gusto.

Aun así, no pudo disputar el efecto que la presencia del predicador tenía en sus hombres. Su resolución se fortalecía visiblemente donde quiera que luchase en la línea de batalla, y había habido más de un combate en el que el éxito de la 34ª dependió de su habilidad para inspirar un fanatismo aterrador entre los legionarios. Sor Talgron desconfiaba de la forma en que manipula las emociones de los que le seguían, pero no era tan tonto como para cerrar los ojos ante el hecho de que el sacerdote tenía un propósito y ejecutaba bien.

Tal vez lo que más le irritaba era que mientras Jarulek nunca tendría la perspicacia estratégica de Sor Talgron, instintivamente sabía cómo sacar el mejor partido de los hombres sobre el terreno; mejor que el propio Sor Talgron. El sacerdote conocía el poder de las palabras bien escogidas, y cuando su feroz retórica debía ser seguida por la acción. Les inspiraba. Sor Talgron era respetado por todos profundamente, pero él no era de discursos o palabras bonitas. Fue construido para la acción directa, y mientras tenía una aversión profunda a la potencia de algo tan efímero como las meras palabras sabía que esto era más una debilidad por su parte que un reflejo de su falta de valor.

No es que Jarulek fuera un pobre soldado; de hecho era todo lo contrario. Si no hubiera sido reclamado al principio de su infancia, sacado de las filas de los neófitos y elegido para el ministerio de un capellán, Sor Talgron le habría tenido mandándole un batallón propio. Sus instintos eran buenos, y que habían sido perfeccionados aún más por el tiempo que había pasado bajo las órdenes de Kor del Phaeron, actuando como uno de sus consejeros de guerra.

Jarulek sabía de sus recelos.

-No necesitas la retórica de la fe con el fin de luchar mejor –le dijo Jarulek en los campos de la Nalahsa. Ese día el Apóstol Oscuro organizó un contraataque salvaje contra los pieles verdes, abriendo una brecha en el corazón de las formaciones enemigas para matar a su señor de la guerra. Esa acción les había granjeado la victoria. Ambos quedaron cubiertos de pegajosa y maloliente sangre de pieles verdes. -Ese no es el camino; y sin ser una falta de respeto, mi señor, es a la vez una fortaleza y una debilidad. Pero estos guerreros -dijo, haciendo un gesto hacia los legionarios victoriosos alrededor de ellos, -no tienen tu... enfoque singular. Tu voluntad. Tu pragmatismo. Necesitan algo más. Necesitan fe u orientación. Combaten mejor por ello, y sin él estarían perdidos.

Frustraba a Sor Talgron saber que el predicador tenía razón.

Inclinó la cabeza ante Jarulek ahora, mientras el predicador hizo sus rondas, deteniéndose a hablar en voz a guerreros individuales, poniendo una mano sobre el hombro de los demás. Jarulek se inclinó ante él, bajando los ojos en deferencia. Sor Talgron dio la vuelta.

Se apoderó de un escudo de asalto desde la armería de los recién llegados. Era pesado, con un campo refractor incorporado, y cubría un legionario de la cabeza a la rodilla. Su superficie era negra y portaba evidencia de impactos láser y quemaduras por plasma. Había otros escudos más nuevos que podría haber elegido, pero tenía una aversión a las armas que aún no habían sido templadas en la batalla.

Dal Ahk había comentado, una vez, que era sólo superstición. Y él sabía que el capitán odiaba algo tan inútil como la superstición.

Sor Talgron no se dignó a contestar. -Realmente eres un bastardo sin sentido del humor, ya sabes –dijo Dal Ahk. Eso le provocó una sonrisa.

Sin embargo, no había ningún indicio de frivolidad en el maestro de señales ahora. Prácticamente podía ver el ceño fruncido en su rostro tras el casco de combate.

Entonces vas a ir -dijo Dal Ahk. Cualquier beligerancia o desaprobación en su tono se hizo imperceptible por el vocalizador de su casco. Todo se transformaba en un gruñido enojado por los cascos legionarios, de tal modo que toda sutileza en el tono y la entonación se perdía. Era tal vez una de las razones por las cuales los

Marines Espaciales eran tan pobres en la lectura de la ironía y el sarcasmo en los seres humanos no aumentados, pensó.

-Si -dijo Sor Talgron. -Tú no -el maestro de señales no dijo nada. No lo necesitaba. -Te necesito aquí. Mantén abiertas las líneas de comunicación.

Dal Ahk saludó y se alejó sin decir palabra. Su desaprobación irradiaba de él como una neblina de calor.

Sor Talgron bloqueó el escudo de abordaje en el brazo izquierdo. Sintió la vibración tarareando cuando el campo refractor se encendió.

Él se acercó al borde de la plataforma de aterrizaje. A lo lejos, los transportes colgaban como enormes insectos hinchados. Se quedó solo.

-Eres de una pasta diferente del resto de la Decimoséptima Legión. Eres práctico y pragmático, donde otros hermanos son demasiado entusiastas.

Las palabras de Dorn arañaron sus pensamientos. Tal vez fue la elección correcta actuar como el enemigo interno, pero odió cada momento de ello. Odió el engaño, el sigilo y la falsedad que se exigió de él, y se odiaba a sí mismo por haber realizado ese papel tan bien. Se había despreciado, pero un soldado sigue órdenes. Quizás Lorgar le escogió bien.

Había otras personas dentro de la Legión que ansiaban poder y se deleitaban con la traición; Erebus por ejemplo. Pocos veían el manipulador de connivencia que era. Dicho esto, Dorn no hubiera sido engañado por él, de eso estaba seguro.

Sor Talgron siempre se había sorprendido de que los demás no vieran a través del capellán venenoso. Tenía demasiada influencia sobre la Legión, y su corrupción era contagiosa. Sor Talgron oró para que la serpiente no sobreviviera a Calth.

Oró. Una mala elección de palabras por su parte. Nunca había rezado ni un día en toda su vida, ni siquiera cuando era niño en la Cólquida. No tenía pensado empezar ahora.

Él había visto el mismo tipo de cáncer que infectó a Erebus dentro de algunos miembros del Capítulo. No en el mismo grado que en los demás capítulos de la Legión, pero estaba allí, muy a su pesar. Era peor entre los reclutas más nuevos; los adoctrinados más recientes en la XVII parecían más corruptibles, más atraídos a

sumergirse en la nueva fe y la ambición de poder. No auguraba nada bueno para el futuro y tenía graves preocupaciones por la Legión. ¿Sería reconocible acaso en una década, o en cien años?

Había hecho todo lo posible para mantener las filas de la 34ª lo más limpio posible; los que juzgó más inclinados a caer en la influencia corruptora del Erebus fueron enviados a Calth. No estaría disgustado si ninguno de ellos regresaba. Era otra purga de las filas de la Legión, en cierto sentido. No de la magnitud de las anteriores, pero importante no obstante. No le importaba si se convertían en mártires. Amputa la corrupción y el todo puede quedar disminuido, pero la Legión sería más fuerte para a largo plazo.

Él no era normalmente alguien que morase en la introspección; al menos no antes de cuarenta y siete-dieciséis, y tenía una tarea que hacer. Pasaron menos de quince minutos cuando llegó la noticia de los exploradores.

-Cuatro artefactos explosivos desactivados, y el faro activado –dijo el susurro frío de Loth en el oído de Sor Talgron, rompiendo su autoimpuesto silencio de vox. –La potencia ha sido restaurada en el ascensor. En camino de la superestructura.

Momentos más tarde, el rechinar de engranajes mecánicos anunció que el carro comenzaba su ascenso.

-Hay enemigos aquí abajo -añadió Loth. -Legionarios y Ejército Imperial.

-¿Número?

-Es difícil de decir, nuestros escáneres estaban siendo bloqueados. No muchos, pero atrincherados y esperando.

-Maestro de señales -dijo Sor Talgron, cortándole el enlace vox. -¿La flota tiene fijado el faro?

-Lo hacen, capitán -dijo Dal Ahk. -Están calibrando ahora.

-¿Cuánto tiempo?

-Estarán listos para secuenciar en siete minutos. '

-¿Cuáles son tus órdenes, mi señor? -preguntó Jarulek, uniéndose a la charla. -¿Cómo vas a jugar con ellos?

-Vamos allá. Matamos a todo lo que encontremos -dijo.

-Buen plan -dijo Jarulek, con una sonrisa. Esa sonrisa nunca tocó sus ojos, señaló Sor Talgron. En sus ojos sólo escondía oscuridad.

SEIS

Korolos sabía que la verdadera muerte venía por el ascensor, y él le dio la bienvenida como un amigo que pensaba le abandonó tiempo ha.

No había nada que temer en la muerte; el único fracaso en la vida era temer. Esto lo había aprendido por amarga experiencia.

Una vez su casco llevó la cresta transversal de centurión, pero nunca más. Él había sido marcado por la grandeza, sirviendo primero como el campeón de la 178ª Compañía, seguido de un aumento en el escalafón de oficiales. El orgullo fue su perdición. Ahora, el yelmo era rojo; la marca de la censura, la marca de su vergüenza. Se despertó tras Senosia IV encontrándosela retirada, con un casco azul cobalto en su lugar, pero fue insistente.

-Tu tiempo de penitencia ha pasado, viejo amigo –dijo el Señor del Capítulo Levianus; esto fue antes de que el joven Aecus Décimo ascendiera. –La has llevado lo suficiente. Demasiado tiempo. Esa culpa es mía, y por eso lo siento. Ya has sufrido lo suficiente.

No quiso saber nada de ello. Su honor se tiñó para siempre, dijo; no podía dejarlo ir. El casco rojo aseguró que su deshonra se exteriorizara, clara para que todos lo vieran, y él no quería oír hablar de ponerla a un lado mientras que sintiera el fuego la vergüenza devorándole con la mirada. Eso sólo podría lograrse en la muerte.

Al final, cedieron.

Había anhelado este comunicado desde hace más de un siglo. Nunca pudo corregir los errores que había forjado, nunca podría traer de vuelta a la vida los hermanos de batalla perdidos por su arrogancia y orgullo; pero tal vez en la muerte podría en cierto modo expiar esos errores.

Todos sus amigos y compañeros estaban muertos. Todos aquellos orgullosos Ultramarines con los que había entrenado en la academia de Armatura. Todos los que habían estado a su lado mientras la Gran Cruzada los empujaba más allá de los bordes del mapa, ampliando el dominio del Imperio. Todos sus hermanos más cercanos, con los que se había reído, desangrado y matado, todos ellos eran como el polvo; idos pero no olvidados. Al menos no por él. Incluso ese perro viejo de la guerra, el Señor del Capítulo Levianus, estaba muerto y enterrado, sus cenizas enterradas en los pasillos de Macragge, colocadas dentro de una urna de bronce a los pies de una estatua sedente de su figura.

Sólo quedaba él.

No estaba solo, no en un sentido literal; el puñado de legionarios a su alrededor, esperando con armas elevadas en las puertas del ascensor llevaban la misma librea de capítulo que adornada su propia servoarmadura, pero sentía poco parentesco con ellos. Él era viejo para cuando fueron incluidos en la XIII Legión. Una reliquia del pasado terrano. Le otorgaban un respeto considerable; sabían de sus batallas y triunfos, aunque nunca habló de ellos, y se inclinaban cuando caminaba por las cubiertas de las naves de guerra de la Legión. Pero eso sólo sirvió para subrayar el abismo que existía entre ellos. Lo reverenciaban, pero al hacerlo lo elevaron más allá de sí mismos. No había verdadera hermandad entre ellos. ¿Cómo podría haberla? No podían relacionarse con él más de lo que él podría con ellos.

El ascensor llegó al fondo del pozo, y apretó sus inmensos puños energizados, haciendo gruñir los servos y engranajes. Un brillo de la energía parpadeó sobre sus nudillos blindados colosales, y la electricidad bailaba entre sus dedos afilados. Se agachó, listo para atacar.

Los pistones gimieron. Los engranajes rotaron. Los dispositivos de bloqueo se levantaron.

Era el momento de matar. Y entonces, por fin, sería el momento de morir.

Las puertas del ascensor se abrieron.

El humo llenó el interior del mismo, ocultando a los Portadores de la Palabra. Sor Talgron oyó el tintineo metálico de granadas a media que fueron arrojadas al espacio cerrado, tal como él esperó.

-¡Bloqueo! -rugió, y el equipo de asedio respondió al instante. Como uno, moviéndose al unísono, cayeron sobre una rodilla, plantando sus escudos frente a ellos. Estaban en formación cerrada, sus escudos bloqueados, formando una barrera sólida. Los que están en la segunda fila levantaron sus escudos en alto, protegiéndolos desde arriba, y aquellos en los flancos volvieron sus escudos hacia el exterior. Se presionaron contra la parte posterior del ascensor, usando la pared de plastiacero para proteger su parte posterior, formando un caparazón casi impenetrable. En la antigua Terra la formación había sido utilizada por guerreros armados sólo con lanzas y espadas, pero probó ser igualmente efectiva aquí.

Las granadas explotaron, llenando el espacio con fuego y metralla, pero el blindaje aguantó, protegiendo a los legionarios en su interior.

-¡Envoltura! -ordenó Sor Talgron, y cada segundo escudo en la línea frontal se levantó lo suficiente para que las granadas cegadoras rodasen por debajo de ellos, saltando y deslizándose a la cámara más allá. A continuación, los escudos cayeron otra vez, haciendo eco en voz alta.

Las primeras ráfagas de disparos atravesaron el humo, impactando en el interior del ascensor y golpeando el muro de escudos reforzado. Fuego láser en su mayor parte. Algún bólter.

Un puñado de proyectiles sólidos de alta velocidad golpeó el propio escudo de Sor Talgron, maltratándola como un martillo de asedio, y él se echó hacia atrás un paso, incluso mientras se preparaba para soportarlo, deslizando los pies debajo de él. El escudo aguantó, y él reocupó su puesto en la línea, manteniendo la pared intacta.

-¡Adelante! -ladró, y la formación comenzó a avanzar.

Se movían lentamente, paso a paso, y comenzaron a devolver el fuego con sus bólters apoyados en el borde de las troneras cortadas en sus bordes superiores. Dirigieron sus disparos a donde el fuego trazador regaló posiciones enemigas. Mientras ellos estuvieran disparando a ciegas, entre el asfixiante humo oscureciendo tanto su visión como la de sus enemigos, su fuego no tenía la intención de matar sino de suprimir.

El Portador de la Palabra a la derecha de Sor Talgron cayó, liquidado por un disparo afortunado en la cabeza, pero la brecha se llenó al instante con otro legionario dando un paso adelante para tomar su lugar. El capitán sintió un proyectil de precisión gritar por encima, que provenía detrás de él, y uno de los guerreros enemigos cayó muerto; Loth y su escuadrón de reconocimiento se habían unido a la refriega. Habían bajado encima del ascensor, deslizándose a través de la escotilla superior sólo una vez que el equipo de asedio hubiera entrado en la cámara más allá.

El humo comenzaba a despejarse. Los seres humanos no aumentados, alrededor de una veintena de ellos, ataviados de negro y con respiradores de pleno rostro se podían discernir vagamente delante y a cada lado, de rodillas detrás de barricadas apresuradamente reforzadas.

Los auto-sentidos de sor Talgron fijaron a tres legionarios enemigos entre ellos. Estos tres llevaban cascos rojos en lugar de la azul cobalto habitual. Un rango de honor, lo más probable, que les denotaba como veteranos o tal vez una unidad de guardaespaldas.

De mayor preocupación eran un par de torretas servidoras girando hacia ellos, con sus acopladores de energía tarareando y estremeciéndose mientras la energía los alimentaba y alineaba.

-Loth -dijo Sor Talgron.

-Las veo -respondió el sargento de reconocimiento, y el cráneo cableado de uno de los servidores desaparecido, estallando en fragmentos húmedos.

Sin embargo, el otro logró fijar a los legionarios que avanzaban y las placas blindadas como los pétalos de una flor desplegaron alrededor del sirviente. Sus cañones se iluminaron y dispararon al unísono.

Hubo un destello cegador y un rugido de aire sobrecalentado, y cuatro vigas incandescentes rasgaron a través del humo disipándose. Tres Portadores de la Palabra fueron atravesados; los campos refractores en sus escudos eran inútiles contra este tipo de energía. Uno de la escuadra de Loth cayó también, su pierna izquierda cortada limpiamente por debajo de la cadera cuando los haces atravesaron el muro de escudos.

Otros dos Portadores de la Palabra fueron abatidos por fuego bólter y láser combinado antes de que las lagunas en el muro de escudos se cerraran. Estaban a mitad de camino del matadero nebuloso, y la matriz del láser centinela tarareaba en voz alta mientras se encendía para disparar de nuevo. Sor Talgron estaba a punto ordenar a la formación avanzar a doble ritmo, llevándoles a combate con espadas, cuando una enorme forma se alzó entre el humo, marchando hacia ellos a la carrera.

-Por Ultramar -bramó. El sonido de sus pisadas hizo temblar toda la explanada de metal.

-¡Romped! -rugió Sor Talgron. -¡Romped!

SIETE

Los primeros recuerdos de Korolos de la Gran Cruzada eran escuetos. Esos años de amanecer fueron orgullosos, llenos de esperanza y certeza. Las dudas llegaron más tarde.

Lo recordaba con mucha claridad. Podía ver al espadachín eldar delante de él, burlándose de él, atrayéndole. El comandante xenos era un borrón en movimiento, despedazando a las tropas de Harkon Geno como la paja. Eran paja; simples seres humanos aumentados del Ejército Imperial. Tal fue la intensidad de matar al demonio xeno, tal la intención de reclamar ese honor, que quedó aislado de la vanguardia principal. Tenía doscientos Ultramarines con él, aislado del resto de la compañía; como planeó el enemigo.

Los gritos de lamento de los xenos le perseguían, incluso ahora. Los eldar cayeron sobre ellos desde todos los lados, matándoles con sus exóticas armas letales, lagrimeando a través de las filas en segando ataque en motojets, sus brujas gritando y dando volteretas a través de escuadrones enteros, dejando miembros amputados y sueños destrozados a su paso.

Perdió algo más que ciento setenta y cuatro hijos leales de Ultramar ese día, más que los trescientos dieciocho adicionales que murieron al venir en su ayuda. Había perdido algo más que su capitanía.

Perdió el respeto de su Legión. Perdió el respeto por sí mismo. Lo peor de todo, fue que él vio la decepción en los ojos de su primarca. Esa desaprobación le atravesó hasta la médula, y era una herida que nunca sanaría.

Durante diecisiete años llevó su vergüenza hacia afuera, luchando como un legionario común con su casco pintado de rojo, buscando una muerte honorable en la batalla. Finalmente, su deseo le fue concedido. En Senosia IV se derrumbó, rodeado por un círculo de enemigos muertos, derramando sangre de sus labios. Por fin iba a tener paz.

Pero incluso entonces, su juicio aún no había terminado. El olvido que ansiaba no iba a ser su destino.

Cayó como el hermano Aventino Koriol, pero él despertó de nuevo en una coraza para que pudiera vivir. Llevaba su nuevo nombre, Korolos, grabado en su pectoral, y sin embargo su vergüenza no disminuyó con esta nueva encarnación. Su dolor era tan fuerte como siempre. Aún no había hecho lo suficiente para expiar sus fechorías y permitírsele la paz del olvido. ¿Cómo podría algún día expiarse?

Vio a los Portadores de la Palabra delante de él ahora como figuras grises, desenfocadas, pixeladas. Marcadores de objetivos parpadeantes los identificaron y procesó la abundante información directamente en su córtex en un nanosegundo: niveles de potencia de sus servoarmaduras, sus pulsaciones, las órdenes trasmitidas por su red vox, la marca y el lugar de fabricación de las placas de blindaje, el modelo y el nivel de amenaza de sus armas.

Dentro del líquido amniótico maloliente de su sarcófago estrecho, sus atrofiadas manos como garras se crisparon, y los inmensos puños de energía de su más reciente carne mecánica se apretaron en puños. Él vocalizado su ira, vergüenza y frustración cuando tronó hacia ellos. Mientras algunas burbujas errantes escaparon de su garganta orgánica seca, el rugido que resonó desde los altavoces en su caparazón fue el bramido de una bestia de hierro y rabia.

Sor Talgron bajo la montaña, sus pasos resonando en el vacío silencioso. Los pasillos eran estrechos, pero alto, sus alcances superiores iluminadas con luz blanca

estéril. No había sombras en el complejo de la prisión conocida como la Bóveda. No había ningún lugar donde esconderse.

Su camino era tortuoso y sinuoso, pero no dudó. La placa de datos con los planos del complejo le guió. Las puertas, ascensores y pasillos por los que pasó estaban fuertemente armados, con alta seguridad y codificadas, pero todas las que enfrentó se abrieron voluntariamente, llevándole más en lo profundo de las entrañas de la montaña. Todo había sido organizado. Su camino había sido despejado. No encontraría resistencia o dificultades.

No había visto un alma desde que desembarcó del ornitóptero negro que le había traído a Khangba Marwu, muy por debajo de la cima helada de Rakaposhi. Al pisar la pista de aterrizaje, hundida cientos de metros bajo la superficie de la montaña, no hubo recepción, ni guardias armados, ni equipo de seguridad. Cañones centinela estaban parados, sus barriles volvió pasivamente a un lado. La entrada al vasto complejo de la prisión estaba abierto ante él, como si el portal de adamantium reforzado con la boca abierta le hiciera señas.

El complejo era uno de los lugares con más alta seguridad en Terra, pero Sor Talgron se movió por ella sin ningún problema. Un indicio de una sonrisa tocó sus labios, aunque nadie lo habría visto, oculto bajo el ceño bárbaro de su casco de batalla, incluso de cerca.

Las cámaras instaladas en el techo desviaron su foco. No habría ningún registro de su fallecimiento en los archivos de datos.

Un icono verde parpadeante en la esquina de su ojo le indicó que se acercaba a su destino. Tecleó un código largo en un teclado, que se retractó abruptamente en su consola, y un panel de pared se deslizó a un lado para revelar una pantalla en negro. Sor Talgron se quitó el yelmo e introdujo el rostro en sus profundidades mientras se llevó a cabo una exploración de la retina. La mayor parte de los protocolos de seguridad de la bóveda habían sido anulados, pero algunas de estas últimas medidas no podían simplemente pasarse por alto. Sin embargo, sus datos biométricos se habían introducido en el sistema y marcados con la mayor credencial de seguridad; al menos en esta pequeña sub-sección de la cárcel.

Las mallas entrelazadas de la puerta soltaron su agarre y las dos mitades del portal se deslizaron a un lado. Sor Talgron cruzó a una pequeña área de espera similar a una bolsa de aire en una nave espacial. Se vio reflejado en las ventanas de espejo a

cada lado de la célula; un guerrero gris descomunal con servoarmadura de hierro funcional, brutal. Las lentes de su casco brillaban como ascuas ardientes. Sus marcas de batallas parecían fuera de contexto en este lugar clínico, duramente iluminado que le rodeaba. Era una anomalía aquí.

Los sistemas internos de su traje le dijeron que estaba siendo escaneado, comparándole con los datos que se habían registrado en el sistema por orden de Dorn. Se resistió a la tentación de apretar los puños.

Un momento después, los desconocidos protocolos de seguridad en función se cumplieron y la última puerta se retractó ante él, permitiendo el acceso Sor Talgron al preso más allá.

La habitación era circular y expansiva, y los iconos de objetivos brillaron al instante en la visera de su casco, pegándose a las torretas de cañones automáticos con servidores que colgaban del techo. Los servidores fueron injertados quirúrgicamente en cúpulas articuladas en varios puntos alrededor de la habitación, adoctrinados fuertemente en su mono-tarea. Los miró con cautela, pero parecían no registrar su presencia. Sor Talgron pestañeó, desplazó los iconos y cruzó el umbral.

En el centro de la habitación había una celda circular completamente cerrada. Las paredes curvas eran de grueso cristal blindado, revelando al ocupante del interior; una figura con la constitución de las Legiones Astartes, de rodillas, como en plena meditación o tal vez incluso orando. Sor Talgron se acercó, estudiándolo.

Vestía un traje prisión amarillo que no hizo nada para ocultar su inmenso e inmóvil físico, con las manos sobre los muslos, las piernas dobladas bajo él y los ojos cerrados. Sus párpados estaban tatuados, al igual que toda la mitad izquierda de su cara, con escritura cuneiforme Colchisiana. Tenía el pelo negro ido a gris y largo hasta los hombros, y lo llevaba trenzado a la manera de un acólito en la costumbre Colchisiana. Tenía pendientes de huesos y hierro que colgaban de sus lóbulos, otra concesión a las costumbres del mundo natal del Urizen. Su piel era del color de la rica madera de teca, surcada de profundas arrugas.

Sor Talgron tecleó el código simple de liberación de la puerta y entró. Las paredes interiores eran heladas e impermeables; el cristal era unidireccional. Sor Talgron se quitó el casco, y el otro Portador de la Palabra abrió los ojos, lentamente, como si despertara de un sueño profundo.

-Sabía que ibas a venir -dijo el prisionero. –Lo vi.

Se puso de pie. Era grande, casi tan alto como Sor Talgron en su servoarmadura. Sus ojos eran oscuros y graves, con motas de oro nadando en sus profundidades.

-Predicador Volkhar Wreth -dijo Sor Talgron, inclinándose con respeto. -Ha pasado largo tiempo.

El prisionero sonrió, dejando al descubierto dientes de metal oscuro.

-No he oído ese título en muchos años -dijo. -Es bueno verte, muchacho.

-Ponte esto -dijo Sor Talgron, echándole un manto claro. -Es hora de que te vayas de este lugar.

No encontraron a nadie en su salida. Todo salió según lo planeado. No hubo complicaciones inesperadas.

Sor Talgron y Volkhar Wreth abordaron el ornitóptero, este último camuflado y encapuchado, sus rasgos ocultos de los que pudieran reconocerlo casualmente.

Las alas de gaviota de la nave ligera se sellaron, silenciando el zumbido ascendente de sus motores y aislándoles del aire bajo oxigenado y helado exterior. El ornitóptero ascendió para salir de la cámara volcánica, capaz de soportar bombardeos orbitales y permitir que pudieran pasar.

-Entonces, los rumores son ciertos -dijo Volkhar Wreth.

-Lo son -dijo Sor Talgron. Con el casco de nuevo, su voz se transformó en su gruñido mecánico habitual.

-Cuéntamelo todo -dijo Wreth.

Era un contemptor, una máquina descomunal de adamantium combinado con ceramita, y su saludo fue estrellarse contra los Portadores de la Palabra con la fuerza de un ariete de asalto.

Fácilmente tan alto como tres legionarios, cubrió el suelo con pasos rápidos y estruendosos mientras destrozó a cuatro de ellos a un lado con el primer barrido de un brazo. Los escudos se arrugaron y los huesos se hicieron añicos cuando los legionarios fueron volados, estrellándose contra la pared a cinco metros de distancia. Otro fue aplastado bajo sus pies pesados y tres más fueron estrellados a un lado, agitando las extremidades a medida que fueron lanzados por los aires con su siguiente golpe.

El muro de escudos se hizo añicos.

Bólters y cañones de plasma no hicieron nada para frenar a la bestia mientras los Portadores de la Palabra retrocedieron, disparando a su chasis blindado. Agarró a uno alrededor del torso, rodeando su cuerpo con dedos enormes y desató la furia del rifle de fusión implantado en su palma. Un agujero ardiente fue horadado a través del legionario, y arrojó el guerrero muerto a un lado.

Los soldados del Ejército Imperial y los Ultramarines alrededor del perímetro emergieron de la cobertura, los bólter y rifles láser en sus manos ladrando y chasqueando mientras disparaban sobre los Portadores de la Palabra en retirada. Uno de los legionarios de la XIII se posicionó desde una barricada y enterró un hacha de energía en la cabeza de un Portador de la Palabra. En respuesta, Sor Talgron dio un paso hacia delante y golpeó con su escudo de asalto en el ultramarine, desestabilizándolo, para luego apuntar su bólter y acabar con él. Antes de que pudiera apretar el gatillo, una explosión láser sobrecargada rebotó en su hombrera, haciéndole perder el equilibrio y fallar el tiro de gracia por bastante. Dio un paso atrás para reunirse con sus legionarios, sin dejar de hacer ladrar el bólter.

Otro ultramarine, armado con un bólter de cañón largo modificado, desató dos tiros rápidos, derribando a otros tantos guerreros de Sor Talgron, sus proyectiles atravesando la servoarmadura de los yelmos como clavos a través de las cáscaras de huevo. Municiones especiales, registró Sor Talgron, más por el sonido que por su efecto.

Proyectiles Kraken.

Por el rabillo del ojo vio a Jarulek rodar bajo el brazo de la Contemptor cuando el acorazado se giró hacia él. El Apóstol llegó sin problemas a sus pies y rompió la crisma a un soldado enemigo blindado en negro con su crozius silbando y lanzando esputos de energía.

El destructor láser con servidor se quejó cuando llegó a la máxima potencia, una vez más, y Sor Talgron vio las runas identificativas de otros dos de sus legionarios desvanecerse en la esquina de su pantalla, inmolados cuando el destructor láser disparó.

Sor Talgron se alejó de la gigante asesino que era el Contemptor, mientras su fuego comedido acabó con otro de los Ultramarines; un legionario pobremente blindado que carecía de cualquier adorno de rango u honor. El cargador se agotó y ancló su bólter en la cadera, sacando su pistola volkite recién adquirida sin problemas. Su primer disparo reventó el pecho de un soldado. Las llamas lanzadas desde la espalda del hombre moribundo incineraron a otro.

-¡Dispersaos! -ordenó. -Dal Ahk -dijo, activando su enlace vox. -¿Cuánto tiempo?

-Entrando -fue la respuesta de Dal Ahk. -Treinta segundos.

El Contemptor movió su casco rojo masivo, fijando su mirada asesina en Sor Talgron. Había escuchado sus órdenes, comprendió. Le reconoció como un oficial de alto rango. Se dio la vuelta, tambaleándose en su dirección entre engranajes y servos a pleno rendimiento. Levantó uno de sus enormes brazos simiescos mientras cargaba, y las llamas brotaron desde la palma de su mano con garras.

Sor Talgron levantó su escudo de asalto para contener el asalto del promethium. Retrocedió, protegido del fuego por su brazo y disparó su pistola, apuntando a la cabeza del Contemptor. Sus disparos dejaron cráteres calcinados en su visor, pero no más, y Sor Talgron se lanzó a un lado cuando este le alcanzó. Le dio un golpe de refilón, abollando su escudo y enviándole tambaleante a un pilar de plastiacero. El Contemptor le acechó, la luz de sus lentes resplandeciendo torvamente.

Un duro golpe a su rodilla mecanizada mandó su disparo lejos y se tambaleó, estrellándose sobre una rodilla y logrando estabilizar su masa con una mano en el suelo. El sargento Telakhas balanceó su martillo trueno para otro golpe, dirigido a la misma articulación; era fácilmente capaz de dañar incluso una máquina como un Contemptor. Si el golpe conectaba, paralizaría a la enorme bestia.

El golpe no conectó.

El Contemptor atenazó el golpe con su puño libre. Sus dedos masivos se cerraron alrededor de los antebrazos del sargento de asedio, arrugando sus brazales color estaño y rompiéndole las dos muñecas. Impotente, el legionario fue levantado del suelo; el Contemptor trajo su otro puño, extendiendo sus dedos para revelar su lanzallamas montado en la palma, mostrándole el azul brillante de la luz piloto. Telakhas rugió mientras fue bañado en promethium ardiente. Su rugido se convirtió en un grito cuando su servoarmadura se ennegreció y agrietó y su carne comenzó a ser cocinada. El Dreadnought terminó sus gritos de agonía agarrando sus piernas en agitación y desgarrándolas en un movimiento violento. Arrojó sus restos en diferentes direcciones y volvió de nuevo su atención Sor Talgron.

Sin embargo, la muerte de Telakhas les compró un tiempo muy necesario. La cuenta atrás en la pantalla de Sor Talgron parpadeó a cero.

Hubo un destello cegador y una fuerte explosión de desplazar el aire. Cinco figuras aparecieron donde no había habido ninguna antes, de pie en un cordón de protección alrededor del capitán. Luz brillante se unió a través de las placas curvadas masivas de sus servoarmaduras Cataphractii.

-Acabad con él -ordenó Sor Talgron.

OCHO

Octavion observaba por una pequeña pantalla crepitante, monocroma, establecida en el banco de comunicaciones mientras la batalla giró a favor de los Portadores de la Palabra.

En otra pantalla, un número parpadeaba. Un minuto treinta y cinco segundos. Treinta y cuatro. Treinta y tres. Demasiado tiempo, pensó.

Desde el inicio del conflicto, las fuerzas de la XVII Legión controlaron el flujo de las comunicaciones. Algún tipo de ataque cibernético viral se había desatado sobre los defensores, convirtiendo la gran mayoría de sus transmisiones indescifrables y confusas. Peor aún, a veces las comunicaciones parecían funcionar con claridad,

pero las órdenes transmitidas eran falsas, el mensaje original retorcido y vuelto a torcer, lo que resultó en varias pérdidas decisivas hasta que el Señor del Capítulo Décimo ordenó desconectarla por completo, basándose únicamente en las transmisiones de corto alcance.

Sólo dos antenas de comunicación en el planeta permanecieron inmunes al ciberataque viral. Uno de ellas estaba en la ciudad de Massilea, situada en el corazón del único continente del planeta. El segundo era el transmisor a larga distancia en el que estaban, el centro de mando en las profundidades de las montañas. Ahora, era la única manera de poder comunicarse con cualquier cosa en la órbita o más allá.

Treinta y seis horas antes, Décimo se arriesgó en una desesperada última tirada de dados.

El enemigo había pensado que toda la flota había sido destruida. Estaban equivocados.

Quedaba una nave; la inmensa Furia Justa, orgullo del sector. Quedó paralizada en la devastadora batalla espacial, pero aún no estaba acabada. Sin soporte vital aparente y sin potencia en los motores, yacía orbitando el planeta junto con los escombros y detritus de la flota. Los Portadores de la Palabra habían sido minuciosos en sus ejecuciones, pero no lo suficientemente cuidadosos en comprobar si alguno de los cadáveres todavía tenía pulso.

Girando lentamente y orbitando el planeta una vez cada ocho horas y media, fue mera cuestión de aritmética determinar el momento preciso en que la nave estaría en la posición correcta.

El sonido de la batalla desesperada más allá de las puertas neumáticas selladas era silenciado, pero Octavion sentía cada muerte como una lanza a través de su alma. El suelo se estremeció cada vez que el Contemptor caminaba. No pasaría mucho tiempo antes de que cayera. Korolos merecía que la paz, pero Octavion esperaba como nada que pudiera aguantar un poco más.

Cuarenta y cinco segundos. Cuarenta y cuatro. Cuarenta y tres.

Fue una sorpresa darse cuenta de que les habían seguido. Un sentimiento de frustración acosó a los Ultramarines censurados cuando se dieron cuenta de que los Portadores de la Palabra les habían encontrado y por tanto que podían fallar en esta

última tarea redentora. Era inconcebible. Se sintieron aliviados cuando Octavion se ofreció a ser el que quedase aquí en el centro de mando para dar la orden fatal, mientras que los otros iban y contendrían al enemigo todo lo que pudieran. No era un papel que le orgulleciera, pero era necesario.

Veinte segundos.

Echó un vistazo a la pequeña pantalla. Portadores de la Palabra fueron esparcidas por el suelo, pero no fue suficiente. Los veteranos del Ejército Imperial blindados en negro fueron asesinados, al igual que sus otros hermanos de la Legión censurados. Korolos quedó solo.

El Contemptor había matado a varios de los Cataphractii recién llegados, pero ahora lo rodeaban como perros alrededor de un oso. Uno de los brazos del Dreadnought colgaba inútil, y cojeaba notablemente. Sus placas de blindaje estaban colgando en gavillas irregulares donde los exterminadores penetraron en ella con espadas de energía y puños-sierra, desde todos los lados. No pasaría mucho tiempo.

Cuatro segundos. Tres. Dos.

Octavion tecleó una secuencia en el teclado del panel de control anticuado, estableciendo un vínculo directo con la Furia Justiciera.

La pantalla principal quedó en blanco.

-Vamos -que respiraba. -¡Vamos!

Tecleó otra serie de teclas y la pantalla se refrescó. La imagen granulada del rostro de una mujer apareció; sus ojos estaban vacíos y tenía una herida cosida a toda prisa en su frente. Ceniza, o tal vez sangre, manchaban sus facciones. Sus galones la identificaban como un almirante. Detrás de ella, el puente de la nave una vez santificada estaba oscuro. Él la conocía, aunque nunca había hablado con ella.

-ahí? -llegó su voz infundida de estática.

-Repito, almirante Solontine -dijo Octavion. -¿Puedes oírme?

-Hay ciertas interferencias, pero sí -dijo la mujer en la pantalla. El sonido no estaba en sintonía con la imagen, por lo que estaba extrañamente inconexo. -¿Quién es usted? Estaba esperando a Décimo.

-Soy el hermano Xion Octavian. El Señor del Capítulo Décimo me confió la responsabilidad de dar la orden.

-¿Tiene la anulación de autorización?

-Si.

-Tecléela ahora.

Cada uno de los legionarios asignados a esta tarea había memorizado el código de autorización. Octavion tecleó el número de diecisiete dígitos.

-Anulación de autorización aceptada -dijo el almirante Solontine. Ella se pasó una mano por la cara. -Este es el final, entonces. Había orado por no tener que llegar a esto.

Ella lo sabía tan bien como él en cuanto se dio la orden; estaba llevándose a ella y su nave a la muerte. Octavion echó un vistazo a la pantalla de más allá de las puertas selladas detrás de él.

-Cargando coordenadas de objetivo –dijo Octavion.

-Carga conectada y en procesamiento. Todas las cubiertas de armas están listas para disparar.

-Tiene que hacerlo, ahora.

-Aún no estamos en posición, legionario Octavion.

-¿Qué?

-Una complicación menor -dijo Solontine. -Una colisión. Desechos espaciales. Parte del Puño de Ultramar nos dio un codazo. Nada demasiado malo, pero ha desacelerado el ritmo de nuestra órbita.

-¿Puede seguir siendo capaz de completar esta misión?

-Sí -dijo ella. -Estaremos en posición en menos de siete minutos.

-Siete minutos -dijo a Octavion. Maldijo. -No tenemos siete minutos.

-¿Hay algún problema, legionario?

-Sí, hay un problema. ¿No puedes traer tu nave más rápido?

-Estamos muertos en el agua -dijo el almirante. -No tenemos potencia en los motores, e incluso si lo hiciéramos, la flota enemiga podría detectarnos tan pronto como activemos los motores. Siete minutos. Mantenga la carga en ejecución.

-Si destruyo estas consolas...

-Entonces destruirá toda esperanza -espetó Solontine. -No tengo matriz de objetivos. Todos mis sistemas están caídos. Necesito esta línea abierta. Con ese marco de referencia, puedo manejar las armas manualmente. No dejes que el enemigo entre en esa habitación.

Octavion se quedó mirando las consolas en la desesperación impotente. ¿Era esta la forma en que moriría? ¿Fallando?

-Los contendré -dijo. -Tendrá el tiempo que necesita.

La sala estaba vacía. Los andamios aún cubrían las paredes, pero estaban a medio terminar y sin uso, como si los trabajadores hubieran abandonado su trabajo antes de finalizarlo. El polvo, la mampostería y manchas de pintura seca cubrían el suelo. No era difícil imaginar que estas salas hubieran estado vacías durante meses, tal vez años.

El techo curvo estaba adornado con un fresco descolorido, las yeserías debajo de ella desmoronándose y descamándose. En su apogeo, la obra habría sido gloriosa: en su centro había una representación heroica del Emperador, envuelto en la luz dorada y llamas, y en torno a él se reunían las figuras estilizadas que representaban las Legiones Astartes. Todos los colores de las legiones estaban allí. Orbitando alrededor del Emperador estaban los planetas del Sistema Solar y más allá de ellos las constelaciones. Naves imperiales llenaban el vacío, extendiéndose hacia todas las direcciones posibles. El trabajo había comenzado en su restauración y el repintado de un puñado de guerreros en los nuevos colores de la Legión. Los más hábiles habrían sido traídos para duplicar la obra maestra del original y le devolverían a su antigua gloria, antes de abandonar sus esfuerzos.

La piedra aquí también fue objeto de reparaciones. Herramientas yacían esparcidas por el suelo y estatuas a medio tallar quedaron sin terminar. Enormes bloques de piedra sin labrar estaban cubiertos con tela y cuerda, y la maquinaria yacía medio escondida bajo lonas, escombros y polvo.

Tal vez la restauración fue considerada excedente para las necesidades y los equipos fueron reasignados a otro lugar cuando Dorn inició el proceso de fortalecer el palacio, o quizás fue abandonado hace décadas y olvidado en medio de la burocracia del Consejo. De cualquier manera, lo importante era que se trataba de una sección antigua del palacio sin usar, un ala menor que había sido desechada y pasado por alto. Servía al propósito de sor Talgron, y eso era todo lo que importaba.

-Este no es el camino a las cubiertas de transporte, Sor Talgron -dijo Volkhar Wreth.

-Hay una última tarea que debemos realizar antes de irnos de Terra, honorable predicador –respondió Sor Talgron. -Algo que lord Aureliano me pidió en persona.

-¿Él te la pidió en persona? Tu estrella debe estar en ascenso dentro de la Legión -dijo Wreth.

-Como predijiste cuando era un aspirante -dijo Sor Talgron. –Ahora soy el capitán de la Trigésima Cuarta.

-Lo has hecho bien -dijo el predicador Wreth.

-Me enseñaste bien.

Sor Talgron se abrió paso entre los escombros y astillas de yeso crujiendo bajo sus botas blindadas. Wreth le seguía, dando un paso más ligero. El capitán llevó a un lado de una hoja de lona pesada caída, levantando una nube de polvo. Detrás de él, oscurecido por más andamios y basura tirada, había un conjunto de escaleras. Sus escalones fueron usados una vez, utilizados con frecuencia. Sor Talgron descendió en la penumbra, y su hermano legionario le siguió.

El sonido quedó amortiguado en esta oscuridad opresiva. El zumbido de la servoarmadura de Sor Talgron sonaba como un enjambre de insectos enojados. Pasajes arqueados llevaban a diferentes direcciones, pero Sor Talgron caminó sin vacilar. Una luz naranja parpadeante en la distancia lo dirigía.

Pasaron por nichos y huecos, todos ellos bloqueados por puertas de hierro tallado encadenadas y ferrocemento. Volkhar Wreth se detuvo junto a uno de ellas, rozando con sus dedos el sello; la cabeza de un águila sobre rayos cruzados.

-Pre-Unificación –dejó escapar.

-Toda esta sección del palacio imperial es vieja -dijo Sor Talgron, mirando hacia atrás, a él. En la oscuridad, sus lentes brillaban como los ojos reflexivos de un depredador.

-Muy vieja.

-Y abandonada -acordó Sor Talgron, dándose la vuelta.

-Hubo algunos entre la Hueste Cruzada que sentían que estaban abandonadas -dijo Wreth. -Atrapados aquí en Terra, mientras que sus Legiones estaban entre las estrellas, haciendo aquello por lo que nos hicieron.

-¿Y tú? ¿Te sentiste así? -dijo Sor Talgron por encima del hombro.

-Nunca -dijo Wreth. -Mi fe en el Dios-Emperador me sostuvo. Como ya he dicho, sabía que vendrías.

-Nunca he dado mucho crédito a las visiones y profecías -dijo Sor Talgron.

-Eso no quiere decir que sean menos reales.

Sor Talgron no respondió. Simplemente siguió caminando, atraídos por la luz vacilante por delante de ellos. Ahora estaba claro que se trataba de una vela.

Al final del paso, uno de los arcos sellados había sido abierto. Las cadenas se extendían sobre el suelo de piedra. Una sola mecha ardía dentro, sentada en un charco de cera roja derretida encima de un bloque de piedra tallada con intrincadas figuras y letras densas. El bloque había sido empujado contra la pared del fondo, revelando un agujero cuadrado donde varios más habían sido retirados. Decenas de piedras de todos los tamaños se apilaban alrededor de las paredes. Ocho nichos tallados se alineaban en las paredes.

Varios conjuntos de restos humanos, muertos tiempo ha, yacían en el suelo; claramente fueron arrastrados desde los nichos funerarios. Algunos tenían la cara fueron dejados caer en el suelo, mientras que otros fueron simplemente empujados más o menos a un lado, rompiendo sus huesos en el proceso. Los que todavía eran reconocibles como cuerpos eran esqueléticos y antiguos, amarillentos, del piel apergaminada y mechones de pelo aferrándose a la carne desecada. Estaban

ataviados con armaduras antiguas que sin embargo tenía cierta similitud con la usadas por las Legiones Astartes.

Había ocho cuerpos en total, uno para cada uno de los nichos arqueados. En su lugar, fueron colocados ocho ataúdes curvos.

-Bienvenidos, hermanos -dijo una voz en la oscuridad.

NUEVE

Toda resistencia en la habitación fue neutralizada. El enemigo restante era el Contemptor, si se le podía considerar vivo. Sor Talgron no lo hizo. Estar atrapado en la oscuridad, confinado en un sarcófago. Eso no era vida.

Tres de los Cataphractii fueron asesinados antes de que cayera. Ni siquiera su servoarmadura de tan cacareada protección fue rival contra sus puños.

Ahora estaba abatido, un montón de metal y ceramita maltratado y aun así intentaba luchar y matar. Uno de sus brazos era historia y su mitad inferior estaba funcionando mal. Yacía en el suelo, tratando de ponerse en pie. Su pecho fue perforado y líquido maloliente se escapaba desde el interior.

Los Portadores de la Palabra supervivientes cercaron al gigante caído, respetando su poder incluso en la muerte. Sor Talgron sostenía el martillo trueno del sargento muerto. Desacoplado de su fuente de energía no tenía la misma potencia, pero cumpliría su cometido.

Estrelló el martillo de gran tamaño en el casco rojo del Contemptor. El Dreadnought se estiró hacia él, pero fue un intento torpe y fácilmente evitado; no le quedaban fuerzas a la bestia. Otros tres golpes destrozaron el casco, dejando ciego al Dreadnought.

-Quitadle su brazo -ordenó.

Dos Cataphractii intervinieron. Uno de ellos cercenó la extremidad del gigante, testimonio de lo débil que estaba el Contemptor. Minutos antes, habría arrugado al exterminador en un puño por atreverse a acercarse tanto.

Un puño sierra chilló. Petróleo brotó y chispas llenaron el aire. Entonces se hizo.

Con ambos brazos amputados, y sus piernas retorciéndose espasmódicamente, la máquina no podía hacer nada. Yacía tumbado de espaladas, agonizante.

-Mata... me... –dijo, arrastrando las palabras.

Sor Talgron asintió al Cataphractii. Ellos arrancaron el blindaje ya perforado del Dreadnought, ampliando la brecha. Fluido enfermizo brotó de los nuevos caminos.

Dentro, suspendido en una red de cables, tubos y tuberías había un miserable cadáver perdido; un héroe de la XIII Legión de épocas pasadas. ¿Era esta su recompensa por sus años de servicio? Se preguntó Sor Talgron. Era un destino cruel de ser así.

Se retorció, y un graznido escapó de sus labios podridos. Era lamentable. Le dio asco.

El martillo puso fin a su tormento. Sor Talgron arrojó el arma con disgusto, y se volvió hacia la puerta sellada. Estaba a punto de pedir que la derribasen cuando se abrió por sí misma.

Un ultramarine solitario salió a su encuentro. Estaba desarmado, y tal vez eso fue lo que detuvo la mano de sor Talgron, impidiéndole ordenar que ametrallasen al idiota inmediatamente.

Al igual que el Dreadnought, el ultramarine tenía un casco de color rojo, aunque el suyo colgaba en la cintura, dejando la cabeza al descubierto. Miraba hacia abajo, con el pelo colgando sobre su rostro.

Sor Talgron sintió un zumbido incómodo contra el interior de su cráneo. Se sentía como si algo estuviera tratando de arañar su salida. Sacudió la cabeza para librarse de la sensación.

El ultramarine miró hacia arriba.

Llamas blancas se derramaron de sus ojos.

Sor Talgron entró en la cámara oscura, observando la caída repentina de la temperatura del aire.

-Basta ya de tanto teatro, Jarulek -dijo Sor Talgron, y el vocalizador en su casco convirtió sus palabras en un gruñido inhumano. -No tenemos mucho tiempo.

-Todo está listo -dijo el Apóstol, emergiendo de las sombras. Estaba ataviado de pies a cabeza en una pesada túnica oscura, con el rostro oculto a simple vista. Sor Talgron le había visto al instante, pues su casco desvaneció las sombras y la imagen térmica brilló intensamente caliente contra la piedra. Pero para Volkhar Wreth debió haber aparecido como un fantasma, levantándose de entre los muertos. Los ojos del predicador se ampliaron.

-¿Algún problema? -dijo Sor Talgron, mirando hacia el camino por el que habían venido. Se arrodilló y recogió un trozo de cadena desde el piso.

-Nadie ha estado aquí -dijo Jarulek, tirando hacia atrás la capucha. Tenía la cabeza rapada como un asceta, y su piel tensa a través de su cráneo. Las cuencas de sus ojos estaban hundidas y oscuras.

-¿Qué es esto? -silbó Wreth. -¿Por qué nos demoramos aquí?

-Predicador Volkhar Wreth -dijo Jarulek, inclinando la cabeza. -Es un honor.

Wreth asintió vagamente a cambio. Pasó junto al Apóstol, abriéndose paso entre los muertos para detenerse ante el ataúd más cercano. Luces verdes parpadeaban desde el panel en su flanco. Pasó una mano por la superficie curva de la tapa, dejando a un lado una capa de escarcha. En el otro lado del cristal, una cara se reveló.

-¿Signos vitales? -dijo Sor Talgron, envolviendo la longitud de la cadena alrededor de su mano.

-Todo fuerte, capitán -dijo Jarulek.

-¿Estás seguro de que esto funcionará?

-Funcionará.

-¿Qué es esto? -dijo Wreth una vez más. La figura dentro del ataúd llevaba una gorra de metal ajustada tachonada de cristales, diodos y cables. Había marcas sobre

su carne desnuda, y Wreth se inclinó para ver con más claridad. Su aliento empañó el aire delante de él. -¿Quiénes son?

-Una batería -dijo Jarulek. -Una batería muy poderosa.

-¿Para encender qué?

-Son psíquicos tomados de la Montaña Hueca -dijo Sor Talgron. –Todos dentro de esa solidez odiosa son aquellos que el Imperium considera demasiado incontrolables, demasiado débiles o demasiado viejos para ser de utilidad. Fueron condenados a morir.

-Por el bien del Imperio -dijo Jarulek, su voz llena de veneno. -Éstos todavía morirán –continuó Sor Talgron. -Sólo que ahora van a morir por un propósito más noble.

-Han sido... mutilados -dijo Wreth, observando la tapa del ataúd. El psíquico latente tenía las runas y las marcas cortadas en su carne. Las heridas estaban enrojecidas y sépticas.

-Llevas la escritura Colchisiana, pero naciste en Terra, ¿no es así? -dijo Jarulek, cada vez más cerca.

-¿Y qué? Tengo sangre del primarca en mí, al igual que en ti –espetó Wreth.

-Hay... Una marcada reducción de los terrestres dentro de la Legión en los últimos tiempos -dijo Sor Talgron. Volkhar Wreth lo miró con el ceño fruncido, sin entender lo que significaba.

-Dime, predicador -dijo Jarulek. -¿A Qué estarías dispuesto a renunciar, si te lo pidiera el propio Lorgar?

-Cualquier cosa -respondió Wreth a instante. -¿Entregarías tu vida?

-Por supuesto.

-Excelente.

El predicador Wreth se giró bruscamente al oír el intento de asesinato en la voz de Jarulek, dando la espalda a Sor Talgron. Antes de que pudiera reaccionar, Sor Talgron engarzó una cadena alrededor del cuello del predicador, como un garrote. Tiró con fuerza, cortando su vía respiratoria y tirando de él. La mano de Wreth fue

al instante a la cadena asfixiándole, luchando por respirar. Usando su fuerza colosal, más si cabe por su servoarmadura, Sor Talgron arrastró a Volkhar Wreth de vuelta para enfrentarse a Jarulek.

El Apóstol se quitó la bata. Debajo de ella estaba desarmado y desnudo hasta la cintura, exponiendo el torso tatuado. La luz de las velas onduló a través de su piel, por lo que los símbolos e intrincado colchisiano estampado sobre él bailaron.

-Yo también llevo la palabra de nuestro señor sobre mi carne -dijo. –Sin embargo, el mensaje ha cambiado un poco en los últimos tiempos.

Tenía un cuchillo en la mano, y caminó para conducirla al cuerpo del predicador.

-Esta es la voluntad de Lorgar -gruñó.

Aferrándose a la cadena con las dos manos, Volkhar Wreth se levantó a sí mismo y se estrelló contra los dos pies de lleno en el pecho de Jarulek. La fuerza del golpe noqueó a Jarulek y mandó a Sor Talgron contra uno de los ataúdes de estasis, deslizándolo medio metro a un lado con un chirrido de metal. El casco del capitán crujió en el arco bajo sobre él, y su control sobre la cadena se aflojó.

Wreth se liberaba y ponía en pie cuando Jarulek se abalanzó sobre él. Él agarró la muñeca de Jarulek mientas el cuchillo del Apóstol brilló en la penumbra, guiándolo por delante de él y girando bruscamente, extendiendo demasiado la articulación. Con su otra mano agarró el hombro de Jarulek y, usando su impulso contra él, condujo el rostro del Apóstol sobre el borde del zócalo de piedra.

Arrancó el cuchillo de la mano de Jarulek y la giró, llegando a enfrentarse a Sor Talgron. El capitán de los Portadores de la Palabra estaba bloqueando su salida.

-En nombre del Emperador, ¿Qué está pasando?-dijo entre dientes.

-El Urizen ha tenido un cambio de corazón respecto al Emperador -dijo Jarulek mientras trató de elevarse, su sangre goteando de su rostro.

-Esto es una locura -dijo Wreth. -La Decimoséptimo nunca se volvería.

-Hubo quienes se resistieron -dijo Sor Talgron.

-Ese cuchillo en la mano ha derramado mucha sangre legionaria -añadió Jarulek.

-Eres es el último de tu especie, viejo amigo -dijo Sor Talgron. -El último Portador de la Palabra nacido en Terra que no ha adoptado el nuevo camino. La purga es casi completa.

-¿Nuevo camino? -dijo Wreth. -¿Qué locura es esta?

-En Monarchia, el Emperador nos reprendió por adrarle como a un dios -dijo Jarulek. Él se encogió de hombros. -Hemos encontrado otros nuevos. Bueno, en realidad son viejos...

-Has estado fuera de la Legión demasiado tiempo -dijo Sor Talgron.

-No tienes un hueso religioso en tu cuerpo, muchacho -escupió Wreth. -Esto no es un acto santo. Os habéis convertido en traidores, nada más.

-No -dijo Jarulek. -Nos hemos convertido en la iluminación.

-¿Por qué me soltáis? ¿Por qué no dejáis que me pudra con los otros de la Hueste Cruzada?

-Sólo habrías sido ejecutado, con el tiempo -dijo Sor Talgron. -La verdad saldrá a la luz. Siempre, la verdad saldrá a la luz. ¿Crees que Dorn te dejaría vive una vez sepa que la XVII se ha aliado con Horus? De esta manera, es posible que aún sirvas a la Legión. De esta manera, tu muerte tiene un significado. Un propósito.

-¿En qué te has convertido, Sor Talgron? -dijo Wreth. -No eres el guerrero que conocí. Él nunca habría traicionado al Imperio. Ni en mil años. Algo te ha pasado, alguna corrupción ha erosionado tu alma. '

-Soy exactamente el hombre que conocías -gruñó Sor Talgron. -La Legión es mi vida. Siempre ha sido así. ¿Hubiera sido mejor haber traicionado a la XVII? ¿Eso es lo que el hombre que conocías habría hecho? ¿Habría traicionado a lord Aureliano?

-El que yo conocí entendía la diferencia entre el bien y el mal.

-Lo que está bien y lo que está mal está determinado por el vencedor -dijo Sor Talgron. -Soy un soldado, como siempre lo fui. Hago lo que se me ordena. Nada ha cambiado.

-Entonces te maldigo, y maldigo a la Legión -dijo Volkhar Wreth, dando un paso hacia él, agarrando el cuchillo de Jarulek.

-¡Matadle! –gritó Sol Talgron, demasiado tarde.

El ultramarino barrió su brazo delante de él, de izquierda a derecha, a la manera de una limpieza de una mesa en un pique de rabia. Cada Portador de la Palabra fue lanzado hacia atrás por un aluvión colosal de fuerza invisible.

Fueron estrellado contra la pared del fondo, que se inclinó y abrochado por debajo de ellos. La fuerza invisible no cedía, tampoco. Se continuó presionando a los Portadores de la Palabra, fijándolos en su lugar. Era como si el eje de la realidad en la habitación había cambiado de repente, haciendo que la pared hacia abajo, y la gravedad se multiplicó por diez.

El ultramarine se alzó del suelo, con los pies flotando justo por encima del mismo. Tenía los brazos extendidos, las palmas hacia arriba, con llamas blancas elevándose de las manos, así como derramándose de sus ojos. Tenía los dientes al descubierto en un gruñido vicioso.

La fuerza de presión sobre Sor Talgron hizo sentir como el peso de un tanque de batalla en el pecho, dificultando la respiración. Sus brazos y piernas fueron puestas contra la pared, ya pesar de todas sus fuerzas, realzado por las fibras-paquetes y servos de su armadura, que no podían tirar de sí mismo libre, ni siquiera levantar un arma contra su enemigo.

Sin embargo, a pesar de las toneladas de fuerza de presión en contra de él, una carcajada escapó de sus labios.

El ultramarine volvió su mirada a Sor Talgron.

-¿Encuentras tu final divertido, traidor? -dijo. Su voz sonaba como una docena de voces borrosas juntas.

-Eres un traidor tanto como yo -dijo Sor Talgron. –Uno uqe va contra el decreto del Emperador.

-No tienes derecho moral a condenarme -dijeron el Ultramarine de múltiples voces superpuestas.

Sor Talgron rio de nuevo, con una dificultad considerable. -No necesito condenarte. Tus acciones lo hacen por mí.

-Hablas veneno, traidor -dijo el ultramarine. -Mi infracción no es nada al lado de la escala de vuestra traición.

-Tal es así como nace toda alevosía; por pequeños grados -dijo Sor Talgron. Él se esforzó por levantar su arma de nuevo, pero no pudo. Bien podría estar tratando de levantar una montaña, tan fuerte era la fuerza en su contra. -Pero no hay ninguna zona gris. Existe sólo el obedecer y desobedecer. Te has vuelto en contra de la palabra del Emperador. A sus ojos, no eres diferente de cualquiera de nosotros. Ordenó la muerte de uno de sus propios hijos por ello; ¿Por qué crees que te perdonaría?

El ultramarine apretó los brazos hacia afuera, como si empujara un peso pesado. La fuerza contra los Portadores de la Palabra se intensificó. La servoarmadura de Sor Talgron gimió. No podría aguantar mucho más.

-Tú... estas... tan... maldito... como... nosotros... -gruñó.

-Basta ya -gritó el ultramarine, apuntando una mano hacia Sor Talgron, sus dedos apretando como si estuviera agarrando algo. La garganta de Sor Talgron se contrajo de repente, cerrando de la tráquea. -Este mundo arderá, y tú y toda tu traidora Legión arderá con él.

Con una mano extendida, la celebración de los Portadores de la Palabra en su lugar, el Bibliotecario condenado sacó una pistola de plasma. Apuntó, tomándose su tiempo, y disparó. Hubo un destello ardiente de calor y luz, y uno de los legionarios de sor Talgron fue asesinado, sin corazón a través de su sección media. El aire se llenó con el olor de la carne de fusión y descarga de plasma acre.

Los Portadores de la Palabra tensas en contra de la presión psíquica fijándolos en su lugar, pero no era bueno. Ninguno de ellos podía moverse. La pistola del bibliotecario fue expulsando vapor sobrecalentado de sus anillos de poder. Bajó el cañón en su próximo objetivo - Sor Talgron. El rostro del capitán era púrpura, el agarre invisible de hierro todavía sujeta alrededor de su garganta.

Jarulek habló entonces. Sus palabras hicieron que el rasguño en la mente de Sor Talgron intensificar drásticamente, y él podría haber gritado si hubiera sido capaz de respirar. Se sentía como si alguna cosa garras dentro de su cráneo se esforzaba desesperadamente de salir. Sintió un hilillo de sangre correr por su nariz.

Las palabras del Apóstol eran guttura] y áspera, y no de cualquier manera humana de origen. Ellos eran una aberración, los sonidos no los que cualquier nacer del reino material tenían ningún derecho a pronunciar. Era un llamado, una invocación de seres más allá del velo de la realidad.

Y desafiando toda lógica racional, esa llamada fue respondida.

El zumbido en la cabeza de Sor Talgron podría haber sido el sonido de una vox defectuosa recoger nada más que estática, o la rebaba incesante de un millón de insectos. Detrás del ruido crepitante oía el parloteo de voces inhumanas y el grito de corte de los recién nacidos. Era un sonido desconcertante incómoda, y se estaba haciendo de manera constante más fuerte.

Cada tira de luz en la sala explotó, esparciendo fragmentos de vidrio roto en todas las direcciones. La oscuridad descendió como un velo y las voces Chittering eran repentinamente en la habitación con ellos. La única luz era el resplandor opaco electrónica de una pantalla de datos procedente de la cámara más allá. El zumbido eléctrico en el aire alcanza una resonancia dolorosa.

Con un sonido como que rasga el papel, un par de sombras desprendido de la oscuridad circundante. Descendieron al Bibliotecario, a la deriva hacia él como polillas a una vela, como sanguijuelas a la sangre. Cada una de las formas incorpóreas manifiesta un par de brazos largos y delgados hechos de nada más sólido que la oscuridad, las extremidades que se extienden desde torsos vagamente humanoides, esqueléticos que apretados en la nada debajo de la cintura.

Ellos lidiaron con el ultramarino, arañando el brazo arma con garras insustanciales, y su potente que se fue salvaje, ardiente a través de la pared de metal de medio metro por encima de la cabeza de Sor Talgron, Él sintió la presión en su contra a disminuir, y él contuvo el aliento, jadeando en busca de aire. Luchar contra el poder psíquico de prensado, se las arregló para cambiar su brazo fraccionadamente. Sus dedos tocaron la empuñadura de la pistola enfundada volkite en el pecho.

Las sombras rodearon el bibliotecario, enrollándose a su alrededor como serpientes. Uno de ellos todavía tenía su brazo arma, luchar contra él, mientras que el otro estaba escarbando frenéticamente por su garganta. El ultramarino ellos luchó contra, luchando para empujar a la basura, pero era como aferrándose a humo.

Una tercera forma espectral se materializó, emergiendo de la oscuridad y se alza para arriba detrás de él. Se agarró la cabeza del ultramarino en su sombra-garras, y el Bibliotecario rugió dedos tan fríos a presión en su mente. El ser incorpóreo se estremeció, oscuro pulso un-luz a lo largo de sus brazos y en su ser, y su presencia se hizo más importante. Se alimenta de él, Sor Talgron dio cuenta. Una boca se abrió en su cara lo contrario en blanco, revelando hileras de pequeños dientes, púas, y exhaló una nube de moscas zumbando, acompañado de un hedor como carne podrida.

Los otros dos espíritus renovaron sus esfuerzos. Era muy claro que el Bibliotecario estaba a punto de ser superado.

Con un rugido, se lanzó una mano hacia los restos del Contemptor, tendido sin vida en el suelo. Se levantó en el aire, y con un movimiento salvaje del brazo del ultramarine, fue enviado a estrellarse contra Jarulek.

Las sombras comenzaron a desvanecerse como fue silenciada la voz del Apóstol. Lucharon para permanecer en el reino material, arañando frenéticamente para un punto de apoyo en el espacio real, pero se extrajeron lentamente en la sombra. Ellos gritaron y se retorcieron, pero luego se fueron. El bibliotecario se quedó solo, respirando con dificultad.

Un solo disparo sonó, haciendo eco en voz alta, y un enorme agujero perforó el pecho del ultramarine. Este se desplomó hacia atrás, siguiendo la trayectoria del proyectil de alta velocidad del francotirador.

La fuerza presionando a Sor Talgron contra el muro cayo, y él se puso en pie. Miró hacia atrás, hacia el ascensor. Loth estaba sobre una rodilla, rodeado por el humo a la deriva desde el cañón de su rifle largo.

-Buen tiro -gruñó. El sargento de reconocimiento se encogió de hombros.

Sor Talgron se acechó al bibliotecario. El ultramarine estaba desplomado sobre el piso, su sangre derramándose bajo él. Sor Talgron no necesitaba ser apotecario para ver que el legionario no sobreviviría.

-La desesperación nos deja en ridículo a todos -dijo. -No tenías que romper el edicto de Nikaea. Ahora, muere como un traidor.

-Tal vez -respiró el ultramarine. -Pero vas a... morir... con...

Su voz se apagó cuando su vida escapó de su cuerpo.

Sor Talgron frunció el ceño y se alejó. El zumbido en su mente finalmente se había ido, a pesar de que había dejado un dolor de cabeza latidos en las sienes. Sorprendentemente, las moscas que la sombra-demonio había respirado adelante todavía estaban allí, estaba muerto tendido sobre su espalda con las piernas dobladas. Ellos crujían bajo sus botas.

Demonios. Estos era los nuevos aliados de la XVII Legión. Si no hubiera estado usando su casco habría escupido con asco.

Vio a dos de sus legionarios transportar a un lado los restos del Contemptor y ayudando a levantarse al Apóstol Jarulek.

-Así que estás vivo –comentó Sor Talgron, sin sentir nada de emoción.

-Capitán, tiene que ver esto -dijo Loth.

Sor Talgron siguió la voz del sargento de reconocimiento y entró en el pequeño centro de mando de comunicaciones. Estaba dominado por redes de sensores y pantallas de información inundadas de datos.

-¿Qué estoy viendo? -dijo. Clavó un dedo en una de las pantallas. -¿Es eso lo que creo que es?

-Sí -dijo Loth. -Hay una nave Ultramarine activa en órbita.

-Dame audio de esa pantalla allí -dijo Sor Talgron, señalando la imagen de una mujer que podía verse hablando.

-…en la tercera cubierta de bombardeo –decía la mujer mientras el audio se unía a la imagen. -Solución de disparo fijada. A mi señal.

-Se está preparando para disparar -dijo Loth. -Están utilizando esta conexión para secuenciar sus sistemas de orientación.

-¡Corta la conexión! -ladró Sor Talgron.

-Lo estoy intentando -dijo Loth, dando un puñetazo en las teclas de la consola. -Está bloqueado.

La mujer en la pantalla volvió a mirar a los Portadores de la Palabra. Era un almirante de la flota, dedujo Sor Talgron por los galones en la solapa. Una sonrisa poco atractiva tocó sus labios delgados.

-Supongo, entonces, que el legionario Xion Octaviano está muerto -dijo ella. -Murió como un héroe. Lo que hiciera me otorgó el tiempo que necesitaba. Vosotros traidores vais a arder.

Sor Talgron maldijo y sacó su pistola volkite, apuntando de lleno en el centro del módulo de mando. Loth se levantó y retrocedió, golpeando su silla en su prisa.

El capitán disparó, vaciando la carga del arma en la consola. Todo el lugar se llenó de chispas y llamas, y las pantallas de datos explotaron.

Jarulek estaba en la puerta, apoyándose en el brazo de un legionario. -¿Qué se puede hacer esa nave paralizada?

-Todavía hay fuerzas Ultramarines en este continente -dijo Sor Talgron. -No van a apuntar a las batallas por temor a matar a sus propios legionarios. Ellos no sancionarían. No está en su naturaleza. Estarán apuntando a uno de los puntos de reunión.

Loth escupió. En el silencio que siguió, la voz de Dal Ahk crujió a través de la vox.

-¡Capitán! ¡Bombardeo enemigo entrante! -dijo. -¡Múltiples objetivos!

DIEZ

Decimus sangraba por una docena de heridas, y agarró una espada-sierra entre manos resbaladizas por la sangre. Había perdido sus propias armas, amén de cierto

número de las agenciadas de amigos y enemigos caídos en momentos anteriores de la batalla. Sus músculos estaban ardiendo y su servoarmadura estaba colgando de él en pedazos irregulares. Uno de sus pulmones estaba colapsado y su corazón secundario latía con fuerza, tomando el relevo de su corazón primario, que había sido perforado por la metralla. Era consciente de más de una docena de heridas internas que requerían atención médica inmediata.

Él rompió el cráneo de un traidor con la culata de su espada-sierra, haciendo una mueca de dolor cuando golpeó. Tiró la espada-sierra; le faltaban tantos dientes que era poco más que una porra. Tomó el cuchillo crudo que el legionario enemigo había agarrado. Estaba caliente al tacto, y provocó en su mano un cosquilleo extraño. La bilis le subió a la garganta. Arrojó la espada maldita en la distancia.

-Aquí, mi señor -dijo un sargento ultramarine herido, ofreciendo su espada de energía. El guerrero estaba tan empapado en sangre que podría haber sido confundido con un Portador de la Palabra.

-Mi agradecimiento, sargento Connor -dijo, y tomó la hoja. Pulsó su runa de activación y la energía llenó toda la hoja. -¿Macraggiano?

El sargento asintió con cansancio. -De las mismas Montañas Coronadas.

El grito de un proyectil de artillería entrante envió a los Ultramarines luchando por una cobertura. Décimo no se molestó. Se dio cuenta por el sonido que caería muy lejos a su izquierda. Un viento caliente rasgó a través de la llanura sembrada de cadáveres, y las nubes asfixiantes de separaron momentáneamente ante la resaca de una explosión invisible.

El enemigo se acercaba a ellos, una vez más, las líneas de legionarios y Dreadnoughts avanzaban junto Vindicadores y Depredadores. Todavía había miles de ellos.

-Mi señor -llegó un grito. Estaba demasiado cansado incluso para registrar quién era el que había hablado. -¡Mi señor, mira!

Levantando la mirada hacia el cielo, Aecus Décimo vio docenas de formas ardientes que caían a través de la atmósfera superior. Cada uno arrastrando una línea de fuego. Se quedó allí entre el barro y la sangre, respirando con dificultad. Estaba hecho.

-¿Los refuerzos? -dijo uno de sus legionarios, y Décimo sintió una punzada de vergüenza. No le había dicho a nadie más que a sus más altos capitanes y el grupo de legionarios censurados acerca de su orden final. Era mejor así, decidió.

Había una alegría irregular de algunos de los hombres, pensando que su Señor del Capítulo había confirmado la llegada de refuerzos. Sin embargo, otros sabían mejor su auténtica naturaleza.

-No son cápsulas de desembarco -dijo el sargento Connor en voz baja para que sólo Décimo escuchase. -Los refuerzos no llegarán, verdad.

No era una pregunta.

-No -dijo. -Este planeta está perdido, y nosotros también. Pero vamos a llevarnos a todos estos hijos de puta traidores y paganos con nosotros.

Con la ayuda del sargento, subió cansinamente a la cima del casco en ruinas de un Rhino, y levantó la espada de energía en alto para que todos lo vieran. Quedaban lastimosamente pocos de ellos, pero vio el orgullo arder en sus ojos. El orgullo y la ira.

El primero de los ataques orbitales golpeó al norte. Hubo un destello cegador y las llamas verdes proliferaron rápidamente en el aire más allá del horizonte. El sonido no les golpearía durante casi un minuto, juzgó el Señor del Capítulo. Otros le sucedían, más cerca del primero.

La historia no le juzgaría duramente por esto, pero sólo porque nadie de la XIII Legión quedaría vivo aquí una vez que esto hubiera terminado, nadie que hablase de lo que había puesto en marcha. Nadie podría cuestionar qué bando había desatado este horror sobre un mundo leal de los Quinientos. El tiempo para la duda pasó.

-¡Una última carga, hijos de Ultramar1 -rugió. -Una última carga, en nombre de Guilliman y el Emperador -cayó el Rhino, hundiéndose a medio camino de las rodillas en el fango pegajoso. -Adelante, mis hermanos. ¡Gloria y Honor!

-¡Gloria y Honor! -contestaron al unísono.

La lucha no duró mucho. No podía haberla entre un legionario blindado y otro no blindado.

Sor Talgron atrapó la mano de Volkhar Wreth en su puño mientras él le apuñaló. Los huesos crujieron y el cuchillo cayó al suelo. El predicador dio un puñetazo en el flanco del casco de Sor Talgron, agrietamiento una lente y abollando la ceramita.

-Eso es todo lo que obtendrás -dijo Sor Talgron, la luz de su lente rota parpadeando.

Agarró a Wreth por el cuello y lo estrelló completamente contra una pared una vez, dos veces, usando toda su fuerza servo-asistida. Los ladrillos se derrumbaron alrededor de Wreth y se desplomó de rodillas. Acercándose, Sor Talgron estrelló un golpe de revés pesado en el lado de la cabeza, derribándolo al instante.

Sor Talgron se arrodilló sobre él, con una rodilla en el centro de la espalda inmovilizándolo en el suelo, y presionando una mano sobre la parte posterior de la cabeza. Cogió la espada de Jarulek con la otra mano. La empuñadura de la daga se sentía caliente al tacto, incluso a través de su guantelete.

-Este es mi mentor y un mentor que en su día era digno incluso del respeto del Primarca -gruñó Sor Talgron. Tenía la hoja de la daga pegada a la nuca de Volkhar Wreth. –No le tendría sufriendo innecesariamente.

-Funcionará, capitán –le aseguró Jarulek.

-Si no es así, te cortaré la garganta. Te lo prometo.

Luego empujó el cuchillo entre las vértebras de Wreth, atravesando la columna vertebral.

Las puertas ya estaban siendo devoradas antes de llegar a la superficie. La temperatura en el ascensor se había reducido notablemente, y un duro hedor alquímico se filtraba a través de las rejillas de ventilación. El cable de grúa del techo gimió. Sor Talgron no estaba seguro de que llegarían a la cima en absoluto.

Que el enemigo destara armamento capital era un espectáculo impresionante. No era una posibilidad estratégica que incluso hubiera considerado de esta compañía de la XIII Legión.

-Este mundo va a morir, junto con miles y miles de la XVII, y sin embargo pareces impresionado -dijo Jarulek.

-Lo estoy -dijo Sor Talgron. –No me lo esperaba de ellos.

Él había ordenado la evacuación, pero había pocas posibilidades de que más de una fracción de sus legionarios evacuara de este mundo antes de que las bombas hubieran caído. Ahora, el vox estaba inundado de estática.

-Deberíamos haber estado allí -dijo Jarulek.

-Calla, sacerdote -rompió Sor Talgron. -Estar allí era una sentencia de muerte. Tenemos que conseguir salir de este mundo.

-¡Mira lo que han desatado! -gruñó Jarulek. Una niebla química se iba filtrando en el ascensor, entrando por las rejillas de ventilación y las rendijas de la puerta. Lenguas de fuego pálido lamieron desde donde la niebla tocó el metal desnudo. Llegaron hasta Jarulek, atraídos por su gesto. -¿Pensaste más allá de esto? Este mundo va a arder.

Sor Talgron giró y empujó a Jarulek contra la pared del fondo, la mano cerrada alrededor de su garganta. -Tus dioses no previeron esto tampoco, sacerdote -dijo. -Parece que todos juzgamos mal lo mucho que la Decimotercera nos odia... Hasta dónde irían por vernos sangrar.

Dio Jarulek un empujón final, y se apartó con disgusto. No fue sólo disgusto por el Apóstol Oscuro, pero sobre todo por lo que se había convertido la Legión, la debilidad inherente en sus genes y sus propias acciones en Terra, por nombrar sólo algunos.

-Salir ahí fuera significa morir -dijo Jarulek. -Hay otras formas, otros caminos que podemos utilizar. Si uno sabe cómo.

Una furia fría se levantó dentro de Sor Talgron.

-No voy a huir como un gusano en un agujero, dejando morir a mis legionarios - dijo, echando una mirada fulminante a Jarulek por un momento antes de darle la espalda.

-Que así sea -respiró Jarulek.

La temperatura dentro del carro cayó marcadamente, con escarcha arrastrándose por las paredes. Una gran cantidad de sombras y susurros se arremolinaron alrededor de los Portadores de la Palabra.

Cuando Sor Talgron miró hacia atrás, Jarulek se había ido.

El ascensor se detuvo gimiendo. El metal ya estaba empezando a ceder y colapsarse, siendo devorado por la niebla química.

Las puertas se abrieron. Más allá, el mundo ardía.

ONCE

El phosphex, escribiría Roboute Guilliman más tarde, fue "sin duda alguna el arma fabricada por el hombre más deplorable que la humanidad, para su vergüenza, ha desatado sobre un mundo vivo".

Una incendiaria de la naturaleza más volátil, que tenía la capacidad de arder sin oxígeno y carente de ninguna fuente de combustible. Era capaz de hacerlo bajo el agua, y de hecho devoraba la propia agua, y ardería a través de roca sólida, a través de la ceramita más endurecida al fuego y del adamantium, devastando absolutamente cualquier tipo de vida basada en el carbono que tocaba.

También conocido como el "fuego vivo", "la muerte arrastrándose" y "fuego helado" debido a su atracción por el movimiento y la temperatura de combustión bajo cero, una vez desatado se expandía exponencialmente, quemando todo a su paso. Fue diseñado con un propósito; la erradicación absoluta de la vida en un mundo. La mancha de su residuo era mucho más duradera aún que la radiación más mortal de la lluvia radiactiva y la exposición a plasma, lo que hacía cualquier tierra expuesta a su toque inhabitable.

Ni siquiera la Guardia de la Muerte favorecía su uso salvo en las circunstancias más extremas, e incluso entonces sólo bajo la orden de los escalafones más altos de una legión. El uso de phosphex sólo fue autorizado dos veces por el primarca de la XIII Legión, y sólo en regiones aisladas, pero un pequeño número de sus naves de guerra más poderosas albergaban municiones en sus arsenales aún, para su uso en caso de urgencia.

Percepton Primus, decretó el Señor del Capítulo Décimo, era una de esas urgencias.

Una sola bomba phosphex portátil tenía la capacidad de contaminar el aire y el suelo donde se detonara por mil años. Nunca en la historia de las legiones toda una carga útil de ojivas phosphex fue desatada en un bombardeo. En las simulaciones teóricas, un mundo que sufriera un ataque de ese tipo nunca se recuperaría.

En total, veinticuatro misiles atmosféricos clase Modalis fueron lanzados desde la Furia Justa en la superficie de Percepton Primus. Todos ellos impactaron contra el supercontinente del planeta, repartidos en una zona de dispersión de diez mil kilómetros de ancho. Cada uno dirigido a un lugar estratégico, cuyas coordenadas fueron cargadas de la sub-base de comunicaciones dentro de las montañas; zonas de desembarco de los Portadores de la Palabra, la ciudad de Massilea, el campo de batalla donde el Señor del Capítulo había atraído a los legionarios enemigos en masa.

La Furia Justa fue destruida con toda su tripulación tres minutos y veintisiete segundos después del lanzamiento de la primera carga útil. El crucero Santificado de la XVII Legión reclamó la muerte.

Para entonces, la superficie de Percepton Primus ya estaba ardiendo.

Era más difícil de eliminar el corazón primario de un legionario de lo que uno podría esperar, incluso de uno que no llevara su servoarmadura.

Primero estaba el caparazón negro, la dura membrana bajo la piel que era tan dura como la armadura antibalas usada por los mortales y lo suficientemente fuerte como para detener un proyectil sólido. Tras esto, un corte demasiado alto podría golpear la caja torácica fusionada. Tratar de atravesarla era inútil a menos que

estuvieras bien equipado; los huesos de un Marine Espacial eran como de hierro, y su pecho era una masa sólida.

La clave, sabía Sor Talgron, era aproximarse por debajo de la caja torácica. Una hendidura vertical profunda, justo debajo del esternón.

-Es una pena que Dorn nos esté enviando lejos -dijo Jarulek mientras cortaba a través de la carne y los tendones. -Todas las armas de nuestra flota, sentadas allá arriba en los astilleros alrededor de Luna, a la espera de ser liberadas en el momento más oportuno. Eso habría sido... una delicia.

-Dorn no es tonto -dijo Sor Talgron. -Sabíamos que esto era una posibilidad, es por eso que teníamos nuestras contingencias; el cometa, los astilleros, nuestros aliados en Marte y tal. Las cargos se mantienen preparadas, ¿sí?

-Lo están -dijo Jarulek. -Loth hizo bien su trabajo. Cuando estallen, pensarán que los diques psíquicos simplemente se sobrecargaron. Habrá caos. Pánico. Y lo más importante; estarán cegados; les tomará meses antes de ser capaces de enviar o recibir misivas astropáticas más allá del Sistema Solar.

-Bien -dijo Sor Talgron.

–Lord Aureliano no estará contento de que seamos relegados de Terra. Si aún estuviéramos acuartelados aquí cuando llegase el ataque final...

-Esta fue siempre una posibilidad -dijo Sor Talgron. –Nuestro primarca lo sabía. Hemos hecho todo lo posible en la preparación. Hemos utilizado nuestro tiempo aquí. Y ahora la última sorpresa...

Volkhar Wreth yacía paralizado y cerca de la muerte de espaldas en el suelo, encima de una lona oscura y pesada manchada con sangre. Le habían despojado de la túnica que había estado usando y su traje amarillo habían sido cortado, dejando al descubierto su cuerpo muy musculoso. Su piel estaba resbaladizo por la sangre derramada. Él dio un gemido mudo, con la cabeza retorciéndose de dolor mientras Jarulek empujó la mano en el corte en su abdomen, presionando en su cavidad corporal, tentando hacia arriba.

Su lengua ya no estaba, arrancada de su boca de raíz. Yacía en el suelo, descartada. Una cadena discurría entre los dientes, envuelta alrededor de la parte posterior de su cuello como un gag. Símbolos ruinosos sangrando se cortaron en la carne de su

pecho, los muslos, los hombros y el cuello; Jarulek había hecho de su carne un pergamino con sangre por su trabajo. Un octeto fue tallado en la frente, lo suficientemente profundo para arañar su cráneo.

-¿Era prudente decirle a Dorn que estabas en el cometa? -dijo Jarulek.

-Las mejores mentiras tienen un elemento de verdad en ellas -dijo Sor Talgron. –Él lo habría sabido si hubiera hablado en falso.

-¿Fue completada la tarea?

-No -dijo Sor Talgron, la amargura tiñendo sus palabras. -Con el regreso de Dorn, tuve que dejarlo sin terminar. Dejé atrás un contingente con Ibarix para completar la tarea.

Jarulek hizo una pausa en su trabajo sangriento, levantando la vista hacia su capitán.

-Esa es una sentencia de muerte -dijo.

-Ibarix se prestó voluntario. Hará sentirse orgullosa a la Legión cuando llegue su tiempo. Ahora manos a la obra. Hemos desperdiciado ya mucho tiempo.

Jarulek asintió sabiamente, y se centró de nuevo en la tarea en cuestión.

-No tomo ningún placer en esta profanación -dijo Sor Talgron a Volkhar Wreth. Estaba de pie atrás, lejos de la obra sangrienta, sus brazos cruzados sobre el pecho. -Esto es sólo un medio para un fin. Tú eres sólo una herramienta más en mi arsenal, un arma que desataré. La guerra llegará a Terra, y el palacio caerá. Serás parte de eso.

El Apóstol sacó su brazo ensangrentado del torso de Wreth. Sostuvo el corazón primario del Portador de la Palabra torturado en la mano. Todavía bombeaba, sus arterias y venas cortadas brotando sangre con cada convulsión. Los ojos del predicador estaban muy abiertos mientras observaba su propio corazón aun latiendo. Su respiración llegaba en cortos jadeos agudos. Su corazón secundario habría tomado el relevo para entonces; un legionario podía vivir, por un tiempo, así.

-El frasco -dijo Jarulek.

Había dos vasos de cristal que Jarulek dispuso antes de comenzar su trabajo. Uno tenía algo aceitoso y retorciéndose en su interior. El otro estaba vacío excepto una medida de tinta. Sor Talgron destapó la tapa de este segundo frasco y se lo ofreció, y Jarulek deslizó el corazón de Wreth en él antes de sellarlo.

-El otro -dijo Jarulek, gesticulando. -Dámelo. ¡Rápido!

-No voy a tocarlo -dijo Sor Talgron, sosteniendo el recipiente que contenía el corazón de Wreth ante él. Había dejado de latir.

Con un siseo, Jarulek se levantó y recogió el frasco por sí mismo antes de arrodillarse una vez más ante Volkhar Wreth. El rostro del legionario era pálido y sus ojos estaban desenfocados. Su respiración se volvió más débil. Su cuerpo fue apagando, poniéndolo en estado de hibernación.

Jarulek murmuró una cadena de no-palabras que le hicieron sangrar por la boca y parpadear las velas. Cerró el frasco en su mano en el suelo de piedra, y una red de grietas cubrió su superficie de cristal. Líquido oscuro se filtraba por las grietas, aceitoso y humeante, y un hedor a carne en mal estado llenó el aire. La cosa retorciéndose dentro enloqueció, vibrante y ondulante, presionando contra su prisión fracturada. Jarulek aún la sostenía en la mano cuando pedazos de vidrio comenzaron a caer y apéndices en forma de gusano del color de un moretón probaron su camino libre.

Volkhar Wreth ahora se había desvanecido fuera de la conciencia, ralentizando su respiración hasta que fue apenas perceptible. Jarulek se inclinó sobre él, hablando en la lengua de los demonios, con sangre goteando de sus labios. El vidrio tintado cayó del frasco roto mientras lo contenido luchaba por emerger. Sor Talgron podía sentir su presencia, arañando los bordes de su mente como clavos en una pizarra a medida que se esforzó para transportarse en la realidad. La cosa que se retorcía en el matraz no era más que una pequeña parte de la criatura que habitaba en el caos bullicioso de la disformidad.

-Si yo puedo sentirlo, otros pueden -gruñó. -Contrólalo.

-Esta habitación está blindada -dijo Jarulek. -Nadie va a registrar nada.

-Limítate a hacerlo rápido.

Jarulek empujó el frasco roto en la herida que había tallado en el cuerpo de Volkhar Wreth, y lo empujó hacia el vacío donde estuvo su corazón. Luego sacó su mano, y limpió el residuo aceitoso.

Volkhar Wreth se estremeció, su cuerpo convulsionando. Sus ojos se abrieron de golpe con una mirada de horror indecible arraigada dentro de ellos. Él gimió, moviendo la cabeza de lado a lado. Miró a Sor Talgron, suplicante. Intentaba jadear, aunque los músculos de su cuello estaban desorbitados, las venas de la sien a punto de estallar. Trató de gritar, pedir clemencia, maldecirles, pero no pudo.

Sor Talgron sintió un estremecimiento en el frasco en la mano. La levantó, curioso y asqueado por su atención. El corazón del predicador dentro comenzó a latir una vez más.

-Está funcionando -dijo Sor Talgron.

-Se está uniendo con él -dijo Jarulek. Estaba la zona intermedia del Wreth, estirando la piel y cerrándola con hilo grueso y un gancho dentado. Fue un trabajo crudo y apresurado, pero sería suficiente.

Cuando terminó, se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano.

-Estas salvaguardas le contendrán -dijo, señalando vagamente a los símbolos tallados en la carne de Wreth. -Hasta el momento adecuado.

-Y entonces la mente de estos psíquicos congelados darán fuerza a su liberación -dijo Sor Talgron.

-Correcto - dijo Jarulek.

-Como ya te he dicho; si no funciona, te cortaré el cuello.

-Es probable que pasen algunos años antes de lo sepamos.

-Puedo esperar -dijo Sor Talgron. Colocó una mano sobre la frente ensangrentada de Volkhar Wreth. -Lo siento, viejo amigo -dijo.

Casi deliberadamente, una niebla verde-blanco ardiente cayó sobre uno de los legionarios de asedio cuando las puertas se abrieron. Se tambaleó, alzando vapor de su servoarmadura, que al instante comenzó a silbar, pues el phosphex comenzó a trabajar.

Sor Talgron y uno de los otros Portadores de la Palabra arrastraron la parte posterior del legionario herido, pero el daño estaba hecho. Lo tiraron al suelo cuando su pecho comenzó a mostrar ampollas y grietas. Los sellos de goma por toda su servoarmadura fueron los primeros en caer, pero rugió cuando su carne empezó a chisporrotear y cocerse dentro de su servoarmadura. El suelo bajo sus pies comenzó a silbar cuando la niebla química corrosiva comenzó a devorarla bajo él.

Vapores ardientes se arrastraron a través de la plataforma de aterrizaje. Las montañas estaban en el borde de una de las detonaciones, y aun así la carnicería fue devastadora. Cualquier tocado estaba siendo devorado vorazmente. El metal disuelto como si bañado en ácido, y la roca desnuda ardía con fuego verde. Incluso el aire mismo se consumía en la asfixia, nubes metálicas.

-Dioses -juró Loth. -Las naves.

La nave de los Portadores de la Palabra se había ido. La nave ligera de la XIII Legión estaba allí, pero una mirada aseguró a Sor Talgron que no iría a ninguna parte; la carlinga estaba hundida hacia dentro, licuada por los venenos corrosivos alquímicos, y su fuselaje de metal se disolvía ante sus ojos.

No había salida de la plataforma.

El legionario caído se estaba hundiendo en el suelo mientras se disolvía y fundía bajo este. Sus gritos eran casi lamentables, por lo que Sor Talgron le remató rápidamente con su espada de combate. El suelo cedió y el cuerpo del Portador de la Palabra cayó en el eje del ascensor.

La corrosión en el suelo se estaba extendiendo.

-Fuera -ordenó.

La plataforma estaba ardiendo, pero la niebla corrosiva aún no la había consumido. Todavía había bolsillos de seguridad. A lo lejos, las llamas alquímicas fueron envolviendo las montañas, fluyendo sobre ellas como una avalancha. Tuvieron

suerte aquí, se dio cuenta. Las otras montañas debían haber actuado como un amortiguador, una égida protegiéndolos de lo peor de las consecuencias del phosphex, pero la neblina en aumento venía hacia ellos a gran velocidad. Era cuestión de minutos en el mejor de los casos.

-Dal Ahk -gruñó Sor Talgron, explorando los cielos.

-El vox sigue inoperativo -dijo Loth.

-Obtén lo que sea -ordenó Sor Talgron. Sin embargo, antes de que el sargento de reconocimiento pudiera cumplir con las órdenes de su capitán, vieron la estela de un último misil gritando a través de la atmósfera superior. Desapareció más allá de las montañas, pero no fue difícil de juzgar que caería más cerca de ellos que cualquier otro.

Ellos no sintieron el impacto bajo sus pies; no de inmediato. La onda de choque podría necesitar algún tiempo para llegar hasta ellos, pero cuando lo hiciera sería devastador. Tampoco oirían nada al principio.

Sin embargo, hubo un destello cegador. Cubrió el cielo. Los amortiguadores ópticos del casco de Sor Talgron anularon la explosión abrasadora, salvando sus ojos y oscureciendo todo para compensarlo.

Como consecuencia de la detonación, una gigantesca nube de polvo, humo y llamas pálidas se elevó en el aire, ganando impulso incluso cuando se disparó a la estratosfera. Las consecuencias de esa detonación rugieron sobre las cimas de las montañas en una ola abrasadora y ardiente de ondas de choque a toda velocidad hacia ellos, en un muro de más de una docena de kilómetros de altura. Esa pared borró los picos, uno tras otro, aproximándose a ellos a una velocidad colosal.

No había forma de escapar de ella. No había nada que hacer más que ponerse de pie y ver como aulló hacia ellos, consumiendo todo a su paso. Era la muerte, y venía a por ellos.

No había manera de que nadie fuera a creer que uno de los hijos de Guilliman autorizaría el uso de phosphex a tal escala, particularmente en contra de uno de sus propios mundos. Sor Talgron sabía que su propia Legión sería culpada por esta atrocidad.

-Tal vez esto es lo que nos merecemos -murmuró.

DOCE

El muro de pálido y turbulento fuego alquímico verde se estrelló sobre ellos, levantándolos de sus pies y lanzándolos hacia atrás.

Sor Talgron gritó mientras se estrelló contra la montaña con una fuerza destructiva. Sus gritos se perdieron en el rugido ensordecedor de aquel infierno venenoso. Pudo ver poco, pues la niebla blanca y las llamas pálidas lo rodeaban, aunque vislumbró legionarios lanzados por los aires como juguetes de dioses crueles. Era como estar en las garras de un ciclón de fuego, aunque los vientos estaban formados por los químicos corrosivos más fuertes jamás concebidos por el hombre.

Loth y su escuadrón de reconocimiento fueron los primeros en perecer, al ser sus servoarmaduras simplificadas las menos capaces de resistir los vientos tóxicos. Su blindaje se disolvió en su carne, consumida por una feroz y ardiente frialdad. Piel y tejido muscular se fundieron y los huesos fueron carbonizados mientras la carne resbaló de ellos. Las lentes de los cascos fueros destrozadas, y los ojos y cerebros fueron licuados dentro de sus cráneos en un instante.

Sor Talgron sintió el ácido actuar mientras los sellos de su servoarmadura cedieron. La agonía era insoportable, peor que cualquier cosa que hubiera experimentado. Su rostro ya daba pruebas de cicatrices por radiación y quemaduras nucleares, pero el dolor de esas lesiones no era nada al lado de la sensación horrible del phosphex fundiéndose en su carne.

La onda expansiva fue más allá de ellos, dejando a Sor Talgron y sus guerreros tambaleándose, dando tumbos en la plataforma fundiéndose, con sus cuerpos inundados de fuego corrosivo y asfixiante. Ninguno de ellos escapó de su ira. La mitad de los legionarios habían muerto ya, sus cuerpos ardiendo ferozmente en la cubierta. La carne de sor Talgron estaba en llamas y se dejó caer de rodillas cuando se consumieron los tendones, los ligamentos y los músculos de los tobillos y las rodillas, provocando que sus sellos de integridad finalmente colapsaran.

Todo su cuerpo estaba inundado con el fuego de la agonía, fuera y dentro. Sus músculos se convirtieron en fuego. Ambos corazones comenzaron a arder.

La parrilla de su casco se disolvió hacia adentro y él inhaló la niebla ácida, incinerando la respiración en sus pulmones. Sus lentes fueron carcomidas y sus ojos se derritieron, corriendo por sus mejillas ardientes.

Se cayó, retorciéndose entre una punzante agonía a través de cada terminación nerviosa. Su carne estaba siendo derretida, extraída de sus huesos, parpadeando con una llama pálida. Su servoarmadura estaba iluminada, desmontada a sus componentes básicos y devorados. El aire que respiraba era fuego envenenado.

Luchó para ponerse en pie, pero era una batalla que no podía ganar. Su voluntad por sí sola no era suficiente. Cayó de nuevo, y esta vez no se levantó.

En sus últimos momentos, pensó en Volkhar Wreth. Mejor morir que sufrir ese destino.

Sor Talgron y su compañero, envueltos en un manto carmesí oscuro y las capotas bajas dibujadas en su rostro, caminaban por el pasillo umbilical hacia el transbordador en espera. Una voz, autoritaria y alterada por un vocalizador gama alta les llamó.

-¡Alto!

Los dos Portadores de la Palabra se detuvieron y volvieron hacia la voz.

-¿Problemas? -expresó Jarulek tras la sombra oculta de su capucha. Sor Talgron sabía que estaría agarrando su daga debajo de su túnica, listo para atacar. Contra los que se acercaban, haría bien poco.

-Tal vez -dijo.

Un trío de Custodios se dirigió hacia ellos, ondeando capas rojas y plumas de su casco a su paso. Se detuvieron ante el par de legionarios, con las bases de su tutor lanzas sonando fuertemente en la cubierta.

-¿Sí? -dijo Sor Talgron. Su mano buscaba un arma.

La placa frontal del custodio en cabeza se deslizó hacia atrás, dejando al descubierto los severos rasgos de Tíber Acanthus.

-Nos dejan, pues -dijo.

-Así es -dijo Sor Talgron. -Dorn ha ordenado a todos los legionarios de la XVII dentro del Sistema Solar ir a Isstvan. Nos uniremos a la llamada.

Tíber Acanthus asintió. -¿Tuvo algunos retrasos para llegar hasta aquí? ¿Fallo del piloto Servidor?

-Por ornithoptor, sí. Un ligero retraso. Un inconveniente, pero nada más.

La mirada del Custodio se detuvo en la figura cabeceada y encapuchada de Jarulek.

-¿Desea algo más, centinela? -dijo Sor Talgron, y la atención del Tíber Acanthus volvió a él. Su expresión fue grave por un momento, y luego rompió en algo que sólo fue un poco más cálido.

-Simplemente el desearles lo mejor -dijo. -Ha sido un honor conocerte durante los años que he servido en el Sistema Solar.

Sor Talgron se quitó el casco para mirar al Custodes a los ojos. El respeto que sentía por el centinela era genuino. Él extendió la mano y ambos la estrecharon a la vieja manera.

-Lucha bien -dijo Acanthus. -Que podamos vernos.

-Estoy seguro de que lo haremos -dijo Sor Talgron.

El stormbird descendió, zarandeado por los remolinos turbulentos residuales a raíz de la detonación ciclópea. Llegó en caliente, y la niebla retorcida y empalagosa aferrada a la montaña se levantó a su encuentro, llegando con zarcillos de fuego.

Las turbinas rotaron hacia abajo y la cañonera rugió en virtud del profundo saliente de la plataforma de aterrizaje. Su tren de aterrizaje con garras no se extendió, pues la plataforma ya no era sólida, pero su rampa de asalto bajó, abriéndose al tumulto enturbiado más allá. Flotaba tambaleándose en el aire, temblando y tambaleándose mientras las llamas blancas lamían a través de su chasis y comenzaron a arder.

Dos figuras adornadas en flamante servoarmadura Cataphractii quedaron a la espera, con una figura carbonizada mantenida entre ellos. Mitad buscando, mitad cojeando, se tambalearon hacia la rampa abierta, arrastrando al guerrero sin vida. Fue demasiado para el primero de ellos; incluso los inmensos trajes Cataphractii no fueron capaces de mantener su integridad frente a los estragos del phosphex. Se desplomó, y el último legionario en pie en Percepton Primus arrastró el cuerpo carbonizado hasta en la rampa solo, empujándolo antes de trepar y colapsar en el interior.

Los motores apuntados de la Stormbird rugieron. Su casco estaba siendo devorado donde las gélidas llamas lamieron en ella. Se apartó, sus motores girando, alejándose del manto de muerte verde y blanco que estaba consumiendo la tierra bajo el de horizonte a horizonte y salió disparado hacia el cielo, gritando de nuevo a la atmósfera superior.

Sólo una vez alcanzado el vacío se mató de hambre al phosphex. Extenderse a un vacío frío era la única manera de apagar las llamas que aún quedasen.

En el compartimento de tropas del Stormbird, el legionario exterminador sostuvo la cáscara quemada de su comandante mientras todo el aire del interior fue ventilado en el vacío. Luego se derrumbó, sucumbiendo finalmente.

-Infidus Diabolus, aquí el Stormbird AT-394, entrando en la cubierta de lanzamiento de popa catorce -dijo Dal Ahk desde la cabina de la cañonera. -Necesito un equipo medicae de emergencia preparado y esperando. Listo el Apothecarion tratar phosphex extremo y lesiones por vacío sostenido. Prioridad Primus.

-No hay unidades medicae libres, Stormbird AT-394 -fue la respuesta llena de estática. -El Apothecarion ya está invadido por la afluencia de heridos.

-Llevo al capitán Sor Talgron –dijo Dal Ahk, simplemente. Hubo una pausa momentánea, a continuación hubo una conexión a otro canal. Una nueva voz habló entonces.

-Entendido, Stormbird AT-394. Un equipo medicae estará listo y esperando.

TRECE

-¿Vivirá?

Urhlan miró de nuevo a la persona que le había hablado; el Apóstol Oscuro, Jarulek. Se puso de pie con los brazos cruzados sobre el pecho. Había un puñado de otros funcionarios y legionarios agrupados alrededor de la losa. Todos ellos llevaban evidencias de la batalla y sobre todo heridas de diversa gravedad.

-Me sorprende que aún esté vivo ahora -dijo Urhlan, haciendo un vano intento de limpiar la sangre de las lentes de su casco. -Me sorprendió que estuviera vivo cuando llegó aquí.

-Pero, ¿Puedes salvarle?

Urhlan miró a su paciente, retorciéndose en la losa ante él.

-No -dijo.

-Entonces su destino está en manos de los dioses -dijo Jarulek.

Urhlan se volvió hacia el ahora masa de carne fundida químicamente, comatoso, espasmódico en la losa ante él. Era difícil de creer que este fuera su capitán.

-Vete -dijo por encima del hombro. -Déjame trabajar. Haré lo que pueda.

Él estaba en el agujero con Volkhar Wreth.

El pecho del predicador estaba cerrado, el frasco de disformidad sellado dentro de él. Le habían dejado caer en la mazmorra que Jarulek había preparado, y que tocó el fondo con dureza; sus inútiles piernas paralizadas se plegaron debajo de él. Los estrechos confines presionaron en torno a él, manteniéndole parcialmente en posición vertical, pero era un espectáculo lamentable, arrugado en una posición fetal incómoda en la parte inferior del agujero. Jarulek le cosió los ojos abiertos antes de tirarle. Fue un acto rencoroso, y uno que Sor Talgron no lamentó detener.

Entonces encajaron las losas y rocas en el calabozo encima de él, las primeras piezas bajaron con cuidado, el resto a toda prisa. Muchas de las piezas eran grandes y los espacios entre ellas sustancial; él no se quedaría sin aire por un tiempo, al menos. Por último, arrastraron el altar de piedra pesada sobre el agujero y cerraron la tumba, sellándolo con cadenas y amontonado escombros.

Wreth estuvo despierto mientras duró la lluvia y vivía todavía. Las cosas que habían reemplazado a su corazón le mantuvieron despierto y compos mentis, pues su membrana sus-an estaba suprimida. ¿Cuántos años puede permanecer una mente arrugada en la oscuridad, consciente pero incapaz de moverse, antes de volverse loca?

Talgron Sor lo averiguaría, ahora.

Él estaba en el agujero con Volkhar Wreth.

Ellos fueron presionados juntos. La oscuridad era completa, pero era capaz de ver. No puso en duda por qué. La respiración de Wreth procedía de cortos jadeos agudos, y se hizo más rápido al ver que Sor Talgron estaba tan cerca.

Su piel era de un tono gris saludable, y gruesas venas púrpuras palpitaban dentro de la carne de su cuerpo. Las cosas se movían dentro de su carne; cosas que se retorcían y pulsaban. Él era una incubadora, un anfitrión, y lo que estaba contenido dentro quería salir. Sor Talgron podía oír sus voces susurrantes y enloquecedoras en su mente. Querían emerger a través de la forma corpórea de Wreth, entrar en este reino de la existencia usando su carne como una puerta de enlace.

Sin embargo, aún no había llegado el momento. Todavía no.

Lo que habitaba en la carne de Volkhar Wreth no era más que una pequeña parte de su conjunto; el resto residía en las profundidades de barandilla de la disformidad, esperando, impaciente y lleno de odio. No se sentía extraño al saber esto.

-Lo siento -dijo Sor Talgron. -Esta no era la forma que esperé que sería. Pero es necesario. Cuando llegue el momento, el palacio debe ser violado. Cualquier cosa para promover ese objetivo debe hacerse.

Podía ver los grandes ojos infundidos en sangre de Wreth. Él le estaba mirando con sus párpados cosidos abiertos burdamente. Lágrimas de sangre e icor siseantes

corrían por sus mejillas. Había terror escrito en su mirada; él sabía que algo estaba naciendo dentro de su carne. Sabía que su carne ya no era suya.

-Estoy muerto -dijo Sor Talgron. -Por eso que estoy aquí. Este es mi castigo.

Extendió una mano, señalando de paso que la carne de su brazo estaba llena de ampollas y humo, y presionó sus dedos en la herida suturada aproximadamente en el esternón de Predicador Wreth. La piel no se había curado, y él empujó su mano dentro.

Las cosas se retorcieron en la oscuridad. Las sentía sondeando la mano y el brazo. Entonces comenzaron a excavar en su carne. No era una sensación incómoda. Los zarcillos como gusanos se retorcieron por su antebrazo hasta su bíceps. Hicieron que su carne horriblemente quemada ondularse y flexionarse.

Se retorcieron y excavaron más adentro, a través de su hombro y luego profundamente en su cuerpo, hurgando en sus órganos. Uno se presionó a sí mismo a través de su cuello, por lo que su garganta se abultó. Presionó a través de la base del cráneo, y se acurrucó en su cerebro. Sintió la presión de la misma contra su mente. Él sonrió y una risa escapó de sus labios ante la extraña sensación. Vio el miedo y el odio en los ojos que no parpadeaban de Wreth.

A continuación, los tentáculos comenzaron a retractarse, y la sonrisa de Sor Talgron se sustituyó por un pánico repentino. Las protuberancias demoníacas habían echado raíces en su carne, enganchándose a él, y no se soltaban.

Luchó contra ellas, pero no pudo escapar de su agarre. Se habían unido con él, y eran tan parte de él como sus huesos y músculos ahora. Se retractaron dentro de su anfitrión; no era su momento para salir, aún no y Sor Talgron fue arrastrado con ellas. Rugió y gritó y clamó, luchando contra ellas en todo momento, pero fue retirado en inexorablemente.

Su mano todavía estaba dentro del cuerpo de Volkhar Wreth. Le era imposible ahora liberarse. En el espacio de un aliento, se introdujo hasta su hombro. No podía hacer nada para impedirlo. Lógicamente, no tenía ningún sentido, pero que el predicador fuese el anfitrión mortal de un demonio, la mayoría de los cuales vivían más allá del velo, tampoco era lógico.

Sintió los cuchillos y rompehuesos cortando su carne torturada, cierto, pero era algo lejano, como si le pudiera estar sucediendo a otra persona. Él vio lo que

quedaba de sus brazos y piernas mutiladas de su torso, los restos de sus miembros tras sufrir demasiados traumas y daños por las llamas phosphex. No había nada que salvar.

Sus corazones se fundieron en cosas inútiles, y fueron reemplazados por módulos sintéticos que zumbaban y clicaban. Sus pulmones no estaban. Una máquina tarareando respiraba por él.

-La actividad cerebral se vuelve errática -oyó una voz que decía. Era ahogada, como si estuviera bajo el agua. -¡Lo estamos perdiendo de nuevo!

Sor Talgron se tensó contra la fuerza tirando de él hacia el cuerpo de Volkhar Wreth, pero era demasiado fuerte. Su mundo desapareció cuando todo su cuerpo fue introducido en ese torso infestado. Lo arrastraron en profundidad. Abajo, abajo y abajo, en la oscuridad más profunda que se escondía debajo.

Fue arrastrado hacia abajo aún más, y la oscuridad dio paso a un líquido rojo lechoso. Había ido desde el plano material hasta las pesadillas turbulentas de la disformidad, y sintió ojos monstruosos volviéndose hacia él, sintió el intelecto prensado de sensibilidades inalcanzables allí, sintió la presencia de los dioses y demonios que siempre había negado; seres que eran viejo mucho antes de que el hombre bajara de los árboles y se convirtieran en las pequeñas criaturas de ahora. Estaba siendo estrangulada en el seno del infierno, envuelto por los tentáculos de seres que una mente mortal era incapaz de comprender verdaderamente. Sintió el peso aplastante de su atención en él y él gritó, llenando sus pulmones con fuego líquido.

Él luchó para liberarse, para escapar de esta repugnante y enloquecedora ciénaga de odio y furia y rabia, pero no pudo. Esta era su prisión y su condena, y lo peor era que sentía merecerlo.

La oscuridad se cerró en torno a él. Era casi completa, cuando un resplandor de oro apareció ante él. Él miró a la cara de un semidiós flotando delante de él, y sintió los tentáculos estrangulándole apartarse.

Hijo mío.

Extendió una mano hacia él, con la luz derramándose por todos los poros. Él extendió la mano y tomó la mano dorada del poderoso ser. Los dedos del semidiós se cerraron alrededor de los suyos y la luz dorada le inundó.

-Eso es todo -dijo una voz. -Se acabó. Se ha ido.

La cosa sin extremidades sobre la mesa que había sido Sor Talgron estaba muerto. En realidad era la octava vez que había muerto en la losa, pero esta vez no pudo reanimarlo.

El apotecario Urhlan se alejó, desconectando las máquinas que se esforzaron por mantener vivo al capitán. Sus pitidos y zumbidos se convirtieron en un solo zumbido ininterrumpido. Estaba cubierto de sangre. Goteaba de sus brazos y el pecho en riachuelos espesos.

-Siempre fue poco probable que él sobreviviera -dijo. Echó un vistazo cercano, donde otro legionario yacía inconsciente, su carne atravesada por decenas de cables y tubos. –Sin embargo, se lo está haciendo mejor. El que le hizo entrar. ¿Quién es?

-Sargento Cataphractii Kol Badar -dijo Dal Ahk con voz hueca. Miraba con ojos muertos la ruina carnosa que fue Sor Talgron. -Pensé que lo habías salvado.

El maestro de señales dio la vuelta y se alejó con la cabeza gacha.

Uno por uno, los otros legionarios se alejaron hasta que Jarulek estaba solo. El Apóstol Oscuro acercó más, mirando fijamente a la cara derretida de sor Talgron. Vio algo de contracción.

Él parpadeó, pensando que había imaginado, pero entonces lo vio de nuevo. Un ligamento expuesto tembló en el lado derecho de la cara de Sor Talgron. Mirando más de cerca, le pareció ver que algo se movía dentro de la carne devastada del capitán, sólo por una fracción de segundo...

Entonces sintió el tacto de la disformidad. Se filtraba del cadáver de Sor Talgron como un olor, y abrió los ojos con asombro. Sor Talgron se retorció sobre la losa y su mandíbula se abrió, trabajando en silencio. Una sonrisa beatífica rompió a través de su boca sin labios.

-¡Apotecario! –gritó Jarulek. -¡Está vivo!

Sor Talgron volvió su rostro mutilado hacia Jarulek, sus cuencas de los ojos vacías y ensangrentadas fijadas infaliblemente en él.

-El Urizen –graznó Sor Talgron.

Jarulek cayó de rodillas. -¿Lorgar Aureliano? ¿Qué ocurre con él, hermano?

-Él... Él me sacó de la oscuridad.

-¡Apotecario! –gritó Jarulek por encima de su hombro.

-Los vi, Jarulek –susurró Sor Talgron.

-¿Vio qué, mi señor?

- A los dioses... -respiró.

EPÍLOGO

La proa angulada de la nave escindía a través de la antimateria del infierno visible más allá del óculo. Seres de emoción en estado puro, manifestándose en formas extraídas de las pesadillas y las psiques aterrorizadas de los mortales, arañando el campo Geller de la nave, tratando de romperlo.

Sor Talgron estaba sobre el puente de la nave capital descomunal, mirando hacia el batir maniaco de la disformidad.

No lo habían enterrado en el sarcófago de un Dreadnought después de las lesiones impactantes que sufrió en Percepton Primus. No, en su lugar se construyó un nuevo cuerpo para él; una de biónica, pistones, engranajes y órganos sintéticos. Casi nada quedaba de su antiguo ser.

Su rostro era un horror torturado de carne mutilada y tejido cicatrizal malformado. Querían regalarle una nueva. Tejido muscular sintético cultivado y hueso vivo cosechado. Él se rio de la sugerencia.

Sin embargo, sus ojos fueron reemplazados, y él permaneció mirando hacia el empíreo con un par de orbes negros fabricados por adeptos del Mechanicum y

mejoradas por sus propias oraciones, exhortaciones y bendiciones oscuras. En sintonía con la trama y sus variaciones, le dieron una perspectiva única que encontró agradable.

Era más alto de lo que había sido en la primera encarnación de su vida, una existencia vacía que experimentó antes de que hubiera llegado su fe. No había manera de separar donde su servoarmadura y carne se convirtieron en uno.

El Libro de Lorgar fue colocado en su coraza, abierto para mostrar letanías y catecismos de traición. En la cadera colgaba su casco, recién formado a semejanza de un cráneo lasciva.

Volvió a nacer sobre la cubierta Apothecarion de la Infidus Diabolus. Un nuevo propósito le conducía, una nueva convicción. Un nuevo camino se abría ante él. Una nueva forma.

Su nuevo instrumento recién llegado colgaba a la espalda. Era un arma potente, así como su instrumento personal de oficio: un crozius gigante, templado en la sangre de los mártires.

Perdió dos tercios completos de la 34ª Compañía en Percepton Primus cuando los Ultramarines purgaron el mundo. Fue un asombroso acto final por un enemigo derrotado. Percepton Primus estaría para siempre manchado, pero eso, juzgó Sor Talgron, era una pérdida pequeña comparada con el daño que los Ultramarines le infligieron.

Había perdido mucho en Percepton Primus. Pero también ganó mucho.

Claridad. Propósito. Creencia. Fe.

En la cadera, un frasco de disformidad palpitaba. Un latido del corazón dentro del mismo; el corazón de Volkhar Wreth.

-Pronto, mi viejo amigo -dijo.

FIN DEL RELATO